

POESÍA

EDGAR ÁVILA ECHAZÚ

POESÍA
3600

Poesía

Edgar Ávila Echazú

Primera edición

© Edgar Ávila Echazú

© Editorial 3600

Edición y producción
Editorial 3600 y Letravista
Teléfono 2421084
editorial3600@gmail.com
www.editorial3600.com

Edición y prólogo
Marco Montellano

Cronología
Martín Zelaya

Diseño cubierta
Martín Sánchez

Diagramación
Evelio Gutiérrez

Depósito Legal: 4-1-1932-17
ISBN: 978-99974-949-4-8

Impreso en Bolivia
2017

PRÓLOGO Y APUNTES DE EDICIÓN

Marco Montellano

A lo largo de 50 años, Edgar Ávila Echazú (Tarija, 1930), publicó 12 libros de poesía en tres etapas, susceptibles de dividirse tanto por la periodicidad de su publicación cuanto por la cercanía formal que en cada una de ellas experimenta y ensaya la voz poética de este prolífico autor, que ejerció también la narrativa, el ensayo literario y publicó una magna obra sobre la historia de Tarija.

El libro que tiene en sus manos reúne la poesía completa de Ávila más unos pocos poemas inéditos que completan su último volumen publicado, además —en anexo— de una cronología bio bibliográfica sobre el autor. Nos complace y honra ser parte de la celebración de las bodas de oro de una obra poética vasta, sólida y bruñida, dispuesta a completarse en las manos de los lectores de nuestro tiempo y —como suele suceder con la literatura de sofisticada urdimbre—, de los tiempos venideros.

El listado bibliográfico de la obra poética de Ávila es el que sigue:

- 1.- *Habitante fugitivo* (1965), Editorial Universitaria, Tarija.
- 2.- *Memoria de la tierra* (1967), Editorial Burillo, La Paz.
- 3.- *En cautivos sueños encarcelada* (1968), Editorial Universitaria, Tarija.

- 4.- *Elegía* (1979), Editorial Universitaria, Tarija.
- 5.- *Elegía para Jaime Saenz* (1990), Editorial El Horcón, Santa Cruz.
- 6 y 7.- en el mismo volumen: *Prohibido barrer los parques en otoño* y *La Nao* (1998), Talleres Gráficos M.C., Cochabamba.
- 8 y 9.- en el mismo volumen: *Canciones para Maritza* y *La Noche* (2015), Impresora Polygraf, Cochabamba.
- 10, 11 y 12.- en el mismo volumen: *Canciones de Don Quijote a Dulcinea*, *Poemas nocturnos* y *Poemas para mis bisnietos* (2015), Impresora Polygraf, Cochabamba.

Además, en el año 1991 la imprenta de la Universidad Autónoma Juan Misael Saracho publicó una *Antología poética*, con los cuatro primeros títulos del autor. Pese a su más bien precaria edición, el libro interesa por un valioso añadido: firma el prólogo un célebre y cercano amigo del autor, a quien Ávila dedica su quinto libro: Jaime Saenz. El texto, que además de comentar la obra de Ávila evoca las décadas de su intensa amistad, está firmado en La Paz en enero de 1979.

Es oportuno añadir que la *Antología poética* nos sirvió como fuente de transcripción del primer y tercer libros de Ávila, de los que no pudimos conseguir ejemplares originales. En el proceso tuvimos la suerte de reunirnos en reiteradas ocasiones con el autor, quien dio su visto bueno final al libro que de esta manera presentamos.

Para honrar las imágenes las desnudo
 y trato de rasgar sus envolturas y retorno
 entonces a mis primigenias riberas
 y en la larga jornada los caminos se aclaran;
 y he aquí que reconozco los reflujos obsesivos

resonando en los linderos de las tardes
ensombrecidas por las urgencias despiadadas
que el hecho de ser hombre
engendró en el turbio lujo de las horas suspendidas.

(II, en *Memoria de la tierra*, 1967)

El poema es lenguaje erguido, dice Octavio Paz en su famoso ensayo *El arco y la lira*. Inasible y contradictoria por naturaleza, hay un gesto, una facultad ecensial que soporta a la poesía: el trascender. Esta idea, repetida por el nobel mexicano, está presente en las reflexiones de autores tan distantes entre sí como Poe, Bachelard o Eagleton. La poesía trasciende moviéndose hacia la originalidad de la palabra, buceando en la ambigüedad primigenia que enflaquecen prosa y habla cotidiana. El trascender de la poesía como una afectación que altera, subvierte, conmociona, descompone y plantea novedosas maneras de organizar el sistema común y acordado del lenguaje. La poesía también como sublimación: estadio superior de la unidad esencial de las artes.

Lo primero a destacar en la poesía de Ávila es la atmósfera inconfundible en la que se inscribe su obra. Esta unidad es a la vez determinante y distintiva en ella. “El aura en los poemas de Ávila Echazú es uno sólo; siempre el mismo”, comienza Saenz en el prólogo que le dedica a la obra antológica parcial del autor. La voz poética ondula en un tránsito entre búsqueda y descubrimiento. La mayoría de los hallazgos se obtienen del mismo baúl de las pistas: la memoria. “Ávila Echazú, a lo largo de los caminos recorridos, descubre a nuestros ojos aquellos hitos por los cuales se define el auténtico poeta alumbrando su búsqueda con un destello vital y dejando a su paso una huella en que se cifran los hallazgos, a lo largo de los años, a lo largo de la vida que se consume, haciendo resplandecer en la altura el mensaje trascendental”, continúa Saenz.

Cercado por la melancolía excitante
del joven otoño cazando pájaros en trance,
con la voz adquirida en los juegos míticos
perdidos ya,
así recuerdo al amor
cuando descubrí que en el hombre se dan
los adioses y los reconocimientos;
y, asimismo, que puede escuchar los sonidos
del diario conversar con la piel
y también las consecuencias de la traición
y la ansiedad y la medida de los días

(Agoniza la tarde, en *Habitante fugitivo*, 1965)

Sus imágenes materializan en momentos plásticos. La mirada contemplativa y cuestionadora de la soledad conoce la lucidez como signo de nuevas e inacabables lecturas de los recuerdos y sus significaciones. La voz poética de Ávila indaga en el interior y es dueña de una destreza: asir los momentos trascendentales del tiempo. Capturar del instante exacto del cambio es un logro original y personalísimo del autor, casi un sello. En sus cimas, la poesía de Ávila acciona el mecanismo de la contemplación movilizadora: pinta un escenario, su pluma funciona como un retroproyector que nos muestra la fotografía mental que el ritmo propio de su palabra anima en cortos y sutiles cameos, movimientos calculados: fotos que se convierten en *GIF*.

En el extremo opuesto de la musicalidad cantarina y localista de los poetas tarijeños anteriores, cuyo máximo exponente es Octavio Campero, en los versos de Ávila no sucede la rima. No está en primer plano la musicalidad sino el ritmo en el que se demoran o precipitan los versos. En el largo camino de sus 12 libros utiliza, no siempre con idéntica precisión, varios modelos de escritura métrica. Logra en todos ellos, no obstante, el cometido fundamental de la

versificación: alterar el *continuum* de la sintaxis ordinaria mediante la disposición codificada de unidades sonoras: Allí está otra vez el signo de su poética: la atmósfera sacralizada, el paso trascendental del tiempo.

Las palabras llegan con menos profusión en los poemas de su vejez: concisas, certeras, afinadas. El recuerdo sigue siendo el mecanismo poético mediante el cual Ávila no narra sino escenifica ambientes, sensaciones, reflexiones en torno a los demás... todo bajo el personalísimo encuadre de su voz poética que escoge, precisas y taciturnas, a las palabras que nominan y describen al tiempo en el cual se inscriben en búsqueda de una intensa emoción, vigorosa en la distancia:

Vuelvo hacia las aguas taciturnas,
a las indefinidas orillas donde la cúpula
de un gran árbol esconde el color de los días
y el clamor de los insectos del verano:
¿quién podría desoír sus llamados?

(II, en *Memoria de la tierra*, 1967)

En los poemas que impelidos de afición organizativa llamaremos la segunda etapa de la obra poética de Ávila (libros publicados entre los 70 y 90), irrumpe mientras se oculta, circunda las imágenes, un enigma cuya inteligibilidad reposa en los guiños y pistas que se descascaran de la pared verbal que las soporta cual la paja de un muro reventado desde sus adobes. Se cifra aún más en su aparente simpleza, condensa la poética de Ávila con el paso de los años.

La atmósfera persiste, hay en el poeta un empeño: Observar fotos, darles *play* a través de las palabras que resignifican, convierten en obra a los recuerdos. El encuadre de su mirada se mueve ahora, cámara en mano, hacia los detalles. El

énfasis de las impresiones primeras plasma en una acuarela. El pintor y el poeta se encuentran en el verso.

El ejercicio de la memoria como afirmación de la victoria de amar la vida, como abrigo y posición ante el presente del nombrar. En este cometido, la infancia en Ávila es fuente inagotable de materia poética, al igual que la ausencia, otro de sus *leitmotiv*. La palabra tejida como una telaraña dispuesta ante la ausencia.

En los poemarios de su tercera etapa, publicados todos luego de que el autor superó los 80 años, aparecen nuevos signos del quehacer poético. La escritura se ha concentrado más sobre sí misma, la voz poética se refugia en la familia y en la literatura. Donde antes estaban los padres y los hijos están hoy los bisnetos y la esposa “como se oye el nombre / de la vida / en el agua”. Donde antes estuvieron la patria y la tierra están ahora Cervantes y Góngora.

Vuelven completos los signos de puntuación, que en la segunda etapa habían desaparecido, y cambia la forma: los versos se inscriben en el centro de la hoja. Es como si los briosos versos que movían las fotos hubieran otoñado benéficamente convertidos en el sepia bruñido de la imaginería del poeta.

No seas Memoria
mi torre de Babel
con sus imposibles lenguas
que no comprendo
aunque recupere sus imágenes.

Vuelve a ser Memoria
el canto de una acequia.

(8, en *La noche*, 2015)

“Para algunos el poema es la experiencia del abandono; para otros, del rigor”, reflexiona Octavio Paz en el ensayo que

nombrábamos al principio. Es evidente que, en la tradición poética del país, Edgar Ávila se inscribe, y en primera fila, entre los que pertenecen al segundo grupo.

HABITANTE FUGITIVO

(1965)

ELEGÍA A UN PERRO

Ya no verás pasar más
a los novios domingueros
soñando con los muebles a plazos
—tan distantes el uno del otro
como la tierra del sol.

Ya no verás más, nunca más
a la indiferencia encerrando
a las gentes en los cines,
persiguiéndolas con saña infinita
en los cafés y días feriados:
metiéndose en sus trajes,
haciendo guiños en los nombres
clavados en tarjetas de defunción,
aprisionando sus rostros
—desgraciadamente estúpidos—
en fotos de carnet.

Las horas ya no vienen
ni te alcanzan los minutos de abandono,
y no sientes la agobiadora tristeza
llamada vacío de las mentes
que se esfuerzan en los Bancos
para descansar aturdiéndose

en los sábados bobos
que declinan su aburrimiento
en cualquier domingo insufrible.
Ya no existen para ti
judíos pletóricos de Letras
pagarés y salchichas abundantes,
paseos sin sol ni tragedias
de cuatro paredes mudas.

Ya no verás desfilar
civismos forzados
y carteles eternamente lacrimosos
anunciando circos, concentraciones,
actos académicos y veladas culturales.

Ya no sientes el odio contenido
de las vacaciones pagas, de discursos,
aplausos, lloriqueos, abrazos,
felicitaciones por telégrafo
y cartas rezagadas riendo su abandono.

Ya no escucharás la dulzura hipócrita
de asistir a entierros, cumpleaños,
bautismos y eficientes llamados
al orden de padres que se ahogan
en sus inalterables cuellos duros.
No extrañarás ya
las confidencias
de dos cuerpos cómplices
al calor de una esquina
necesariamente sonámbula.

No tendrá pena de las cadenas
de tus clavículas,

ni experimentarás sensaciones
de absoluta pasividad
por la risa y los cuentos de vecinos
y compadres.

Te fuiste un hermoso día
sin nombre
sin número
y sin sol,
en que no hubo correo
y yo gemía
por tanto dolor encerrado
en un sobre que no llegaba.

Te alejaste conversando
con tu sombra
por el camino de los nobles
perros justos, dejando
atrás, sin rencor,
toda la escoria de las vidas
sin justificación.

¡Qué hermosos tus ojos
al cerrarse!
¡Qué bella tu muerte
silenciosa de recuerdos!

Tarija, 1951

DOMINGO EXASPERADO

I

Ni la puerta ni la madera esperan nuestras palabras
Las cosas sencillamente nos rodean; tratan de cercarnos y,
por encima de su explicación, existen:
detrás y todavía antes de nuestras miradas,
más allá de las sonrisas y ocultándose de nuestras manos.

¡Sin embargo, no puedes nombrar la piedra sin herirla!

¿Quién, en la noche, podría contestar las preguntas murmuradas
en el día? Cuando el mar se encuentra de golpe solo ante la pre-
sencia del hombre que no puede comprender su lenguaje.
El mar entonces llora —y el hombre agita sus brazos inútil-
mente sin llegar a pronunciar las palabras que los unan.
Infortunio para los ojos que no aprendieron a ver cómo la flor
y la piedra serán sólo eso:
 flor y piedra
 y aire y deseo
y significado cierto en el margen que les rodea.

II

Cuando el otoño añoró tu llegada, el frío viento de los campos grises recordó la caída de la piedad sacrificada a los viejos y gastados proyectos.

En una aldea lejana se alzan de la cama los que olvidaron el sueño para beber los minutos que dejaron arrinconados en sus inacabados recuerdos.

Es absurdo pensar —como lo hicieron los obispos— que la vida se detiene sólo en las venerables arrugas de los ancianos que nunca aprendieron a leer, pero sí a masticar y cantar con diáfana música las historias, las leyendas y memorias de las ciudades recostadas al pie de innumerables montañas y cielos asombrosamente claros y azules.

A la misma hora en que el violín agonizó sus notas perdidas, al borde de las cosas nombradas, un niño recobró su juguete perdido la noche anterior, y no quiso acariciarlo, como en los días pasados porque fue entonces que dejó de ser niño para convertirse —silenciosamente— en la figura vaga del adolescente esperado. (Cuando uno es niño piensa que las noches engendran geranios y tiernos fantasmas huyendo de los vivos para conversar con la inocencia de los juegos).

III

Para llegar a mi primera mirada
recorriendo la mañana aún imprecisa,
con sonido de lenta rueda
y con olor a paloma herida;

para recorrer la cansada vista
y las cosas todavía no aprendidas
—como oscuros dinteles
aferrados a su signo indeciso—,
hay que quedarse en la cima abierta
de la tarde golpeando
la sonora concavidad descubierta
de la noche galopando
en la música del agua deslizada.

Ahí, donde el pobre deja de ser rico
para oberturar las ansias del enfermo,
están los dolores de la piedra
y los sonos de la mañana
cuando, en el grito del recién nacido,
se destruye la niebla empecinada.

IV

No pases la frontera de lo audible
en la vaga sombra de la queda música
—apenas distinguida en los atardeceres—
en la sensitiva imagen de la madera cálida,
no cruces la distancia del sonido
ni alcances a la última mirada descubierta.

En la luz que nunca reconociste,
no consigas la sonrisa, la que en el sueño
espanta a su sentido de encina muerta.

Como una figura imaginada en la noche,
no cantes la canción del olvidado,
de aquel que, en la aurora, renació en su grito.

No descubras la palabra que separa
no cantes la fortuna de tu voz
ni el alcance de tu silencio.

V

Breves rutas descubiertas por la noche, en sí misma encerrada, porque se aburre de la agonizada luz.

Existen largos cuentos en silencio recogidos, porque la luna desconfió de los lazos de niñas martirizadas.

Existen penas leves por el aire aventadas a la montaña nunca vista, para adorar los árboles viejos de troncos en retirada.

Existe todo eso y la niña mirando lo sabe,
el juego del adolescente lo adivina
y la novia encinta lo presiente
sin tener la clara evidencia del olvido.

Existe la nostalgia de los sillones derramados en la oscura aldea, y los ceniceros guardando, silenciosos, los espacios de las conversaciones naciendo en la retina del perro, para inclinar su aire duro en la espesa, atormentada evidencia del atardecer, cuando los barberos dejan la tijera entre el peine y los cabellos recortados para dormir en exaltado sueño, mientras piensan en el recinto donde sólo un día fueron admitidos.

¡Existen tantas y tan lejanas casualidades!

Entonces fue que el mar, dejando de ser niño,
se prestó los ojos del pájaro salvaje
para recorrer el mundo
y se hizo cortar las manos en espuma convertidas,
para acariciar la arena, mientras los árboles
adquirieron sus sombras incomprendidas.

El niño recordó su primera voz aprisionando un gesto de gato descubierta en trance, con la sonrisa como tierno origen encontrado.

Sus tardíos sueños olvidados en el viento y sus imágenes más queridas estaban muriendo en el fondo de los ríos de sus ojos...

PEQUEÑAS ELEGÍAS

I

¿Para qué la inútil conformidad
de levantar los brazos
ante la leve y sorda caída de los astros?

No existe sino la absoluta desnudez
ensombrecida del pensamiento
que no puede ser descifrado
tan solo por la palabra.

¿Quién podría mostrar el árbol
y la estrella entre el abismo
con la palabra?

II

Para llegar a este río
de tres fugaces notas;
para que nunca declinen
los amarantos empecinados
ni los engréidos y sencillos líquenes
de color recién nacido en este día;
para dejar de lado este abismo
y este abrir y cerrar
y cerrar y abrir los ojos

nos queda todavía el adiós
no definitivo...

III

Una imagen caudalosa está hiriendo mi pensamiento en el
oscurecido y renombrado nadir del cielo temblando como
dulce paloma desgarrada.

Una mirada avara está entregando mi sentimiento y escondiéndose de su muerte al final de la consecuencia clara y precisa de la noche viniendo.

Ahí: determina mi paso, mi fugaz encuentro con tu nombre,
mi sed de permanencia, mi ansia escondida en la distancia,
para que la letra no penetre
ni la muerte absuelva el nacimiento
de la música escuchada sólo una vez.

Como la herida paloma descubierta en la mañana desmayando su color y su manera de estar en el día, así estarán los puentes del deseo destruidos en la música presentida...

AGONIZA LA TARDE

Cercado por la melancolía excitante
del joven otoño cazando pájaros en trance,
con la voz adquirida en los juegos míticos
perdidos ya,
así recuerdo al amor
cuando descubrí que en el hombre se dan
los adioses y los reconocimientos;
y, asimismo, que puede escuchar los sonidos
del diario conversar con la piel
y también las consecuencias de la traición
y la ansiedad y la medida de los días
siendo aquí, al lado de la primigenia
esencia de la flor asumiendo su color.

Existe entonces un pájaro agonizando la tarde
en su garganta, a través del aire en la noche
como un gran incendio en el tiempo avanzando
con la canción mortecina y la dramática
simpleza de un adiós añorando.

El sentido de permanencia lo tendrán las hojas
cuando el sol se duela del destierro de las mañanas,
y cuando los niños, con asombro natural, reciban
al viento de algún tiempo ido
que siempre renace con ellos.

En el cauto tímido espanto de algunos rostros
que al amanecer se miran,
se reconocen las palabras que crean
tus premoniciones, tus descréditos
y ausencias y la suma de un íntimo llamado
a la cordura en los inciertos fulgores
en el momento en que el tiempo reencuentra
tu olvidada figura de adolescente
que desborda la fotografía arrinconada.

Es entonces que puedo ver
que hay más lejanía en tu gesto
y hay más música y hay muchas cosas
por contarse: ¡esas que habrán de diseminarse
en la furiosa gramática del tiempo!

DISTANCIA DEL OLVIDO

I

Cuando los violines agotaron
su mórbido, frágil sonido
tu permaneces todavía
acariciando con tierna mirada
la última, definitiva nota
a lo lejos: refiriendo al sueño
el ansia inacabada de la música.

De ahí que las noches prefieran
quedarse un instante más,
un solo instante más
y escuchar acurrucadas
la esencial forma que viene
del silencioso canto de tus ojos,
de tus ojos escondiendo
largo tiempo
la imagen que da nacimiento
a las flores.

Y para que nada perturbe
ese irse de las notas hacia el fin,
hacia el final de la noche
—ensimismada con la canción

que de tus ojos se desprende –
el aire deja y olvida su rumbo,
se aquieta y permanece,
permanece y observa,
y, luego sin que los árboles lo sientan,
se le escapa un suspiro,
un suspiro que se pierde,
lento, en ese momento,
en que tú, a lo lejos,
desapareces con el cansancio
de aquellos violines agotando
su mórbido, frágil sonido.

II

Tú, sin duda,
habrás de preguntar
por todo lo perdido :
por todo aquello
que crees desvanecido.

Y, ciertamente, a lo lejos
todo eso dejará oír
su tardía, apagada resonancia.

¡Pero mira en silencio
y despaciosamente,
mira esas señales en mi rostro!

Y recién, entonces,
podrás comprender cómo
todo pervive aún:
al igual que la flor dando
su último, definitivo perfume.

III

¿Si alguien
colocando un objeto cualquiera
a tu lado,
te mostrara la faz
de tu indecisión,
y señalándote a la frente
esbozara una sonrisa,
tú le mirarías?

Y si ese “alguien”
sólo fuera una figuración
tuya,
una visión emergiendo
del objeto colocado a tu lado:
¿tú reconocerías eso?
Cuando duermas
en el tierno silencio,
no desees el sueño
de todo aquello oculto.
Porque surgiendo impreciso
en cualquier nota escuchada
o en alguna vieja mirada,
te traerá siempre
la luz amortajada
de los deseos que abandonaste.

IV

La luna en lo alto envejeciendo
dirige sus ecuánimes sueños
para no estorbar a las pétreas nubes,
las agónicas.

En lo alto, a través de rencores
dispersados en el día,
amortajándose en el gris de la noche.

De la noche pasando
entre un vago sonido
o entre una canción imaginada.

Junto al río, con mil voces
desconocidas, que cada uno,
en sí mismo sabe
y siente como tuyas.

La luna en lo alto envejeciendo
contempla, con amoroso ademán
de despedida, la suma de tus sueños
y la quebrada ansiedad desfalleciendo.

LA POESÍA

Se impone en mí,
porque en mí nace,
—como el canto de los pájaros
blancos de la noche
que el aire hieren.

En silencio emerge
y rodea acariciando
la presencia de las hojas
que para ser precisan mi mirada.

Luego, en el sonido
de los nombres,
vierte sus palabras:
agónico enjambre de signos
débiles que el tiempo oscurece.

EL VERANO EN LA ALDEA

Mira cómo el aire crece y se da y se desarrolla en su duda, /
materializándose en el viento.

Mira cómo el fuego se enciende en las tardes para anunciar /
el flujo de los sueños
junto a la tierra reseca
que habla con una extraña
voz apagada
y ronca –voz de madera extenuada–
clausurando su sed en la lujuria fresca de todo lo esperada /
y deseando
la tímida coloración pálida y bella que traen los vientos.

Allí nace el dolor en los tristes ojos maternales, con una /
extraña tibieza de palomas que no saben que son palomas.

Con simples y fugaces notas de alegría incomprendida, /
pegadas al sudor de la piel,
nacen las canciones del olvido
mientras las aldeanas conversan al borde de la tarde.
En la hora húmeda cuando la mirada del espanto crece en los
niños que juegan con animal *sensu* de la vida, al lado de incon-
clusas ventanas y ennegrecidas paredes se ven los vientres de
prematuras madres
y a los viejos añorando sus juventudes.

De los patios salen los perfumes del verano: jazmines ebrios,
duraznos a medio comer
y uvas aprisionando la luz.

La tarde se oculta a la hora en que la penumbra desliza sus
temores santos y sus pavores de niño mimado y se retira a
meditar mientras las viejas cavilan en las piezas construidas
con la sorda agonía de sus días; con sus acobardados sueños.

Mira la tarde en el fuego elevándose.
Mira el fuego como candente vigía alumbrando la extrañeza/
de los pinos.

Escucha esa voz
y no preguntes porqué el viento retarda el sonido de todo /
aquello yerto
que siempre vuelve con su nota aguda en la lluvia /
desenfrenada y joven
lavando las culpas y los caminos que guardan la viudez de las /
aldeas
en el ocaso escondidas.

Escucha cómo la savia de la tierra empieza a llorar sus /
floraciones lejanas
(ese llanto te sumerge –en ciertas horas– en la /
contemplación de determinada música).

La voz del verano te dice que abandones las palabras que se/
entregan
y ames sólo las que puedas sencillamente formar con la /
inocencia de las aves.

Porque a veces todo debe relacionarse y medirse con la /
pequeñez de lo que nos circunda.
Ahí está guardada, para el que la descubra, la sabiduría/
de un

tesoro intacto
que nos ayudará a comprender
los más vasto.

En el agua del mar permanece el tiempo que se está/
yendo
y los gestos del amor
que no han sido hechos
y las palabras no pronunciadas...

—porque esa agua es la sombra del tiempo.

El amor, como la muerte, en algunos instantes pretende apri-
sionar la vida con delicadas artimañas,
con un gesto queriendo o rechazando
con un eco inesperado e insólito.

Todo se alza en potente desvarío
y luego en prepotente ansia carnal
gimiendo se diluye;
todo,
a despecho de una memoria
furiosa y persistente;
todo se hunde
en la obscuridad.

Todo brilla y se apaga lo amado y lo esperado cayendo en la
sombra se aquieta y se silencia
y, después, despierta como el invierno preparando la /
primavera.

Todo vuelve, como el agua del cielo,
como el color del verano y su ceniza tenue de las tardes...

La Paz – Tarija – Roma: 1951, 1953, 1960

CANCIONES

I

La inaudita sabiduría de los ojos
encerrados en su cárcel de silencio.

La nominativa frase musical.

El adolescente gustando el aguardiente
y la inicial manzana –algo madura–
y allí arriba el joven errante
abofeteando a la adúltera.

La compasión de la noche
en las encanecidas barbas del árbol
donde el perro orinaba al amanecer...

(todo eso se contempla en el diario caminar con la esperanza
perdida...)

II

Hay museos en los que se aguardan los gestos
en marcos dorados y las ininteligibles
audiencias del gris conversando con el rojo.

Hay candelabros para observar fotografías
de ondas marinas y cuadros de Madonnas,
y cirios para el grabado donde el joven galán
hace el amor a la exquisita marquesa.
Todo en un lejano pueblo,
cuando las costureras caen
en sus pequeños abismos.

¡Se recuerdan tantas cosas entonces!
¡Pero nadie, en ese pueblo,
ninguno recordó sus sueños
ni la milagrosa ausencia de la muerte!

III

Johannes Ferdinand Lemaitre
observa sus sueños en relieve;
absorbe el aire y reclina su quietud
de geómetra en la sintaxis de su novela
acabada con nocturnos de sepia y orgía.

La piedra canta su parábola,
el viento gasta sus aristas
y la estrella suspendida
como interrogación del domingo
se esfuma lentamente en la pupila
cansada y en los cuellos sucios
de Johannes Ferdinand Lemaitre.

Hay un gato que lo mira
y un deseo que espera ser advertido;
pero el día es corto para las ansias
y los adioses se hacen urgentes:
la geometría cansada de Johannes
va a dormir...

IV

Cuando la mañana abre sus dinteles
para recibir su nombre,
la luz paulatina del reciente color
en la corola pretenciosa de la rosa
descubre al sueño.

V

Suspiro de la tarde
que la noche dispersa:
por ti aprendí que las nubes
se retraen en su silencio
y se sumergen en su dicha
cuando no son observadas,
—cuando son amadas silenciosamente.

Aliento de la noche
—entre las sombras suspendido—
que la mañana en lágrimas disuelve:
por ti he sabido de la larga espera
que jamás encuentra el cauce
de aquel anhelado canto de la tarde.

VI

Sencilla ecuación de la lluvia
—como silencio de empecinadas paralelas—
en la indecisa euforia de la tarde
y en la increíble armonía del gris,
cuando la obstinada esfera de la noche
nos trae el dolor de las palabras
como espadas rotas y penitentes
ante el cauto ordenamiento y ansiedad
de las constelaciones, luego que el mar
se retira a llorar en el corazón del verano.

Sin duda de ti ha de nacer el signo
que dará sentido a los días perdidos
como dolientes jazmines cayendo

VII

Existe un hálito de vida
en el sueño
de las golondrinas ensimismadas
en las tardes.

Llora el color verde de los violines
con una sustancia de olores quemados
y la voz se eleva entonces
y desciende a lo hondo
cuando los sonidos que llevas como flores
dan una idea tuya
y cuando esas notas se vuelven fúnebres
en la parda lejanía que derrama tu mirada.

En ese momento el dolor mío
no tiene sentido
sino en la música
y en la resonancia de la voz
y en los colores que tienen
la muerte y la vida
y en esa especial entonación del recuerdo:
¡Es en ti que adquiere la vida sentido!

La canción que brota de tus manos
hace que mi alma espere
bajo el signo de un presentimiento
que se sabe que puede llegar por los resquicios
de lo blanco en la noche
dando razón al llanto

en las cuerdas ligeras de todo aquello
por ser en lo profundo del gesto
de las manos que no son manos
sino idioma y eco vertido por ti
como las palabras
y como los colores del jazmín
que en tu voz decoloran:
¡como la vida que se encamina
a los prolongados sonidos del sueño!

EL SUEÑO

Oscura y pasmosa certidumbre
desnuda esencia premonitoria
que no se alcanza.

Agorero, febril mundo
que es la suma de los delirios,
de todas las ansias y todos los enloquecidos
temores.

Origen del pavor y certeza fugaz,
como el nacimiento de un río,
de la felicidad buscada
en la salvaje euforia,
en la cándida mirada de la vida.

Música jamás soñada.

Inviolada presencia apenas sentida
y ya perdida. Doloroso engaño
y nítida sonoridad siempre anhelada
cuando lo por venir y lo que debe ser
se introduce en la tenue, indeclinable
construcción de la muerte.

Eterna memoria entrevista
en el vasto murmullo del mar nocturno
de cada ser deseando, de cada anhelo esperando
la evidencia del signo que se encontrará

en la escala brumosa
de todo aquello que se está
yendo, o en la mirada obsesionada
o demasiado sabia de la mañana
en la que, eternamente, desaparece...
¡Mirto desleído que no vuelve:
oh distancia de lo que ha sido...!

La Paz, Tarija 1952 – 1958

ELEGÍA A C. G. JUNG

I

Carl Gustav Jung recolectaba sueños,
se sumergía en las noches sin fondo
donde el oscuro río del hombre
flota como una nebulosa sin rumbo
y en África
asesinos con ojos de antílopes
torturan – en amaneceres tibios –
las voces profundas que los siglos
no acallaron.

Solitario y con paso incierto penetraba
en el callejón de los símbolos pervertidos.

En el Altiplano
–donde están petrificados los sueños–
balas de estaño buscan
las bocas que piden una flor
para la mirada de sus hijos.

“Hay un sollozo y un quebrado silencio
nacidos en la piedad de ti mismo”
–decía Jung–. Pero yo no sé
si pensaba en los presos

añorando montañas en los ríos
donde los cielos se abren como jazmines,
donde hay latidos agónicos
que las palmas resguardan
como a tímidas palomas.

En Nueva York
un negro agoniza
como una violeta sin sol y sin aire.
Gentes con chiclets sonoros
y miradas tiernas apalean su cuerpo.

Los que mueren allí —con hambre de sol—
saben de la relación existente
entre el día y la noche: manantial
aterido de afiebrada entonación;
olvidan sus hábitos lejanos,
el sollozo del hermano, el sonido
que en voz dejaron sus abuelos.

“Que nadie proclame ahora
que el color de los días es más puro
y que en el aire acariciando a la vida
es más suave y dulce que ella misma”.

II

En la dura luz de la mañana
predestinada, los que van a morir
observan con dolor aquello
que las paredes no olvidaron;
en el silencio hueco de sus labios
hay palabras que no se atreven a salir:
guardan un luto prematuro por la tierra,
por la ciudad que abre un lugar

para los destrozados miembros
y los ojos como piedras que la luna
hacía latir.

En Zurich
Carl Gustav Jung
sabía también que la muerte persigue
el *senso* oculto que la vida le niega
—como un tesoro de anhelos destinados
a destruirla—.

Sintiendo el premonitorio rumor
de lo huesos, afirmaba
su inmensa sabiduría
—tan grave como un ánfora
llena de palabras yertas—.

¿Pensaba que era inútil ya
hablar de los sueños cumplidos
de la fingida felicidad
que las sonrisas nos entregan,
y de la evasiva euforia que las noches
expanden en el gesto adolescente?

III

¿Se puede no oír
las palabras que el aire
dispersa, que los árboles
han guardado para que sus raíces
se endurezcan y resistan
el golpe del hacha traidora?
¿Quién ha dejado de escuchar
cuando los fusiles vomitan
el asco, la impotencia

y la furia de las palabras
que los subhombres asesinan?

“Que la noche no cubra los sueños
y las piedras de sangre manchadas;
que el día descubra la faz amortajada
con ceniza inmemorial de los viejos
sin techo y sin oraciones a la vida.

Que el hombre se acurruque y espere,
sin la paciencia de los árboles,
porque hay frases que no le pertenecen
—que ya no son tuyas—.

En las esquinas, agazapadas
con ojos lúbricos, esperan
las nieblas el paso inocente,
la mano abierta y la mirada limpia”.

IV

Calcinados sueños del Dr. Jung
Esperanzas que descifrar y martirios
sin develar: herencia encanecida
de sus pensamientos.

Espuma que la mar desliza,
juego del tiempo por encima
de la cabeza del sabio y del frío
de los parias: ¿acaso ahora
su furia aquieta las simples sílabas
que a nadie hieren?

¿Existen huellas en la arena movediza
que Jung ansiaba conocer?

¿Hay alma en el metálico canto
que rompe en pedazos al cielo
donde el niño prefigura
a su muerte próxima en el llanto?

¿Carl Gustav Jung, hay futuro
para el hijo del fusilado,
para la agonía del que ya no sueña?

¿Existe sol y luz donde se muere
de improviso, donde el aire esquiva
el color de la piel, hay futuro
allí, hay futuro sin vigiliass
y sin rejas cercando
la mirada y el corazón?

El Dr. Jung miraba rosas,
olía el tiempo amortajado
del geranio, escuchaba la música
que las estrellas entregaban
al silencio de los amaneceres;
en el viento descubría
las palabras no escuchadas
de las imágenes arrinconadas
sin razón; y en los ríos contemplaba
la loca efigie evanescente de la muerte.

Significados ebrios de ansiedad,
cansados del azul tenebroso
que los horizontes señalaban:
sus sueños ya solo esperan
las frases como máscaras
que defiendan lo que él no pudo evitar...

CANTO A LA LIBERTAD

Porque has nacido en la primera sonrisa
que unió a los hombres y tu cuna ha sido
el inaugural conocimiento feliz del amor,
tú agonizas cuando se pervierten las palabras;
y no estás tan sólo arrinconada en las estufas
de las casas adormecidas bajo la lluvia
que en las calles golpea a los parias;
tu nombre los mantiene despiertos
más allá de todo gesto satisfecho
y de todo discriminativo ensueño
de cielos terrestres comparados con el oro.

Te acurrucas en la mirada
y en la inocencia de las formas
que van a nacer
cuando la mañana se descubre
en los rostros de los niños.

Permaneces en la atormentada belleza
de la música que dice ser adiós
y no es más que dulce y fervoroso canto:
—en esas costumbres tenues y sabias
y en la mecánica dolorosa de los días.

Hacer perdurar lejanas auroras
y las mutaciones de los sonidos
bajo el fulgor húmedo de las tardes
del sur, donde las tinieblas encuentran
tu claridad para asombrarse con la gravitación
de los cielos como capullos abiertos
—sabiendo que la pureza emerge
desde toda desolación como figura
de este don de existir.

Tú no sabes de cadenas y falsas búsquedas
en las turbias evanescencias
de los largos callejones donde yacen
los ecos de los abandonos.

El silencio siempre nos junta
y también el latido de las noches,
porque vivimos cercados por montañas
y sintiendo en nuestras espaldas
el rumor cómplice de los asesinos
agazapados, esperando y sosteniendo
los sollozos que los túmulos resguardan.

Bajo una luz pura, entonces, tu voz se oye
por encima de los llamados
celosamente arrinconados
en los muros que nadie se atreve a saltar
—en esas tapias donde ciertas frases
están pendiendo como espadas de la muerte cotidiana.

II

Para que nadie lastime el oído
de las noches trémulas por el desvarío
de los adolescentes,

ni a su patética celebración recóndita,
desde las playas somnolientas
elevas en las luminarias tus canciones
a los horizontes.

El júbilo del agua anuncia
la trasmutación de la muerte
en el primer gemido del recién nacido;
y tu fluyente efigie se desliza y nos lleva
a la enardecida visión de los nocturnos ríos
subterráneos que alimentan la agorera
dinámica de la carne modelándose en el olvido.

Las limpias imágenes de las cosas
que los hombres descubren y aman
como adioses que en las cumbres
se convierten en retornos,
conservan el eco estremecido de tu nombre.
Y ningún sendero ni camino aprisiona tu ser,
ni el descanso que subyuga al tiempo de los árboles
porque en ti está el sentido mismo de los caminos
sin vallas ni desvíos que obligan a mirar atrás.

Se esfuma la sombra de la muerte en el límite
que tú alargas, y el compás virginal de tu paso
tiene la virtud mágica de todo renacer;
la soledad de las cosas que nos esperan
se torna feliz reencuentro,
aunque nuestros cuerpos nacidos en el agua
se hundan bajo la mortaja de la tierra
—girando como una nota que languidece lentamente.

Te proyectas en la espera de los ámbitos
donde las formas crecen al calor de tu tacto

indagatorio de absoluto. El tránsito de la lluvia
encarna la promesa del vuelvo imaginativo,
como una paloma en el cielo sin nubes
brindando un gesto hospitalario
para tus premoniciones, para tu eterno
cariño a las ventanas sin cerrojos
y para tus frases como milagrosos resplandores
dispersando las profecías de los llantos infantiles.

Aquello que en lo denso
de la disolución se aleja:
el cuerpo y las flores, la dura permanencia
de las hierbas, la misma luz
de las sustancias terrestres,
el humo de los encanecidos troncos,
el olor de las figuras amadas
y el color de las paredes
donde sus nombres están grabados
—el sabor de las evocaciones—
el sutil y deslumbrado
paroxismo de los actos del amor,
lo escondido ahí, como su esencia misma:
las delicadas cortezas de la vida
en el pródigo calor de tu estar,
en la hoguera que es tu existir,
renace y sube
con la equitativa fosforescencia
de las constelaciones,
entre el ciego vértigo cósmico
—como el agua que no se ve.

Al lamentarse los mendigos con sonos
que entrañan el misterio del contenido
de toda queja por lo que se dejó atrás,

en la penumbra de lo habido al conjuro
de las sorpresas en los días sin nexos,
donde el sufrimiento de los animales
permanece en la pupila de los huérfanos;
la dulce e irrevocable soledad acompañada
de vivir –no como residuos del ominoso desgate–
estalla como una flor recién nacida,
y vemos el rumbo que tú iluminas
más allá de la ilusoria inmovilidad de las cosas
que se desconocen por miedo a tocarlas
y a darles un nombre parecido al de las lluvias
que tú conoces a través de los tiempos.

Si el frágil destino de las aves
–como el del hombre entre el pavor–
se alza hasta las cumbres donde los abismos
lo reclaman, tú sostienes su vuelo
con la impasible persuasión de la dicha.

III

Y aunque la espiga extenuada
caiga como brisa
sobre los campos yermos
–su oro desteñido entre las piedras
yace junto a los huesos corroídos–,
al término de las noches: altas mareas
donde las estrellas como polvo sideral
en febril agonía oprimen a los cielos,
siempre permanecerá la visión
de los amaneceres tibios
donde tu nombre ensalza la ávida
euforia de los ruidos insólitos
que todo florecer entrega a los días.

Los violines que propiciaron
la tierna reconciliación con los adioses,
embalsaman sus melodías con el dolor
que relaciona al hombre con lo inmóvil;
a su alrededor expandiendo sus aristas;
las cosas que saben acogerse
al sino de los anunciamentos,
perfeccionan sus condiciones alucinantes
en las viglias persistentes de la naturaleza;
y desde retardados silencios petrificados
las cosas imponen su estar en los linderos
ilusorios, en los cercos rodeando
los humanos perfumes que se desvanecen
en la música opaca de las horas
regidas por algunos compases mutilados,
haciendo genuflexiones patéticas
en su tenebrosa morada terrenal;
la empecinada renovación de los gestos
transfiere un hálito agónico al aire,
en las nubes se esfuma con los colores
de metales herrumbrados y en el estruendo
de las tormentas adquiere
la liviana pesadumbre de los vientos.
Es así que los hombres reencuentran las voces
imperceptibles y temblorosas,
que los objetos emiten al conjuro
de lo denso del mirar.

De la mirada enaltecedora que crea rosas,
surgen hasta la superficie agitada de las tardes
las estructuras del amor hacia lo que se esconde
en la íntima configuración de las palabras
dirigidas como salutación alborozada al mundo;
por la palabra los inventarios tangibles

de la mañana: oropéndola dichosa de sí misma,
de la tarde: paloma migratoria, y de la noche:
pájaro ciego con enloquecida voz humana,
derraman un aroma voluptuoso y nominativo
que precede a la figuración elegiaca
de las ideas que nunca se recuperan.

Por eso la identidad de lo alejado
en una trémula despedida y lo que cambia
como espuma desfalleciendo en las playas
del recuerdo, se encadena a la dependencia
obsesionada de la carne en el rostro nocturno
de la felicidad apenas entrevista.

De la ardiente comunicación con las cosas
nace el impulso a lo callado, a lo oculto
en el germen de lo palpable por el silencio.

Los contornos de la vida se estremecen
en la muda y serena instancia ineludible
ajena al sollozo de los muertos;
cuando se regresa de la soledad de ese mundo,
hay un acento dolido en la pronunciación
de tus virtudes encantadas por la elemental
sonrisa que posee lo misterioso sin develar;
la medida piadosa de la inmutable metamorfosis
oprime entonces a las envolturas indelebles
que las cosas muestran sin euforia, silentes;
y el hombre llora
porque al morir esa música humilde
no habrá alegría en su pesadumbre corporal.

En los ríos las corrientes
separan a las arenas que retienen

la prepotente vigilia de los adolescentes;
los cuerpos resistiendo la destructiva alabanza
del sol, penetran en las aguas como carbones
ardiendo al contacto del fuego
que la sangre juvenil pródiga en llamaradas derrama;
pululan los destellos de la vida en el reflejo
persistente donde se consumen las irradiaciones
con tenaz orgullo sobre la inmutable superficie
incandescente de las piedras; en su enclaustrado
silencio abandonadas; y los remotos confines del día
obtienen la nostalgia de los habitantes fugitivos.

Entonas una canción destinada a la noche,
cuando los hombres se aproximan amorosamente
a los árboles, escuchando agrietarse sus cortezas,
pero en ella agonizan tus notas al sortilegio
de las inundaciones en las disonancias
sufridas por la pérdida de relieve
de las penumbras hambrientas de luz y calor;
se altera ahí el ritmo de las aguas
que se esconden por entre las raíces
y las tierras resquebrajadas,
y se quiebra su resplandor en el hechizo
que el vaho sofocante de la muerte esparce.

En las sombras, agitando sus brazos
con absorta mirada indecisa,
permanece entonces el hombre...

IV

En el vacío indefinido
y en el indelimitado ordenamiento
donde todo se separa por su forma:
encuétrase el milagro

que ennoblece la contingente
y eterna relación del hombre
con la oprimida ansiedad muda de los objetos.

Y desde las tumbas cubriendo
la descomposición del agua;
desde las atormentadas notas del suplicio
en los sótanos forjados por los subhombres,
tú subes en las noches anhelando
a la Palabra: unión de la rosa
y el nombre, del viento y la lluvia
sobre los campos...

El aprendizaje de la muerte
se detiene, abandona su ensalmo
a las flores cautivas;
y esa canción cae al vacío
mientras tu voz se convierte
en el júbilo que se escucha
como nítido mensaje de la esperanza.

Y aunque los adioses enajenados
acompañen la existencia de los peregrinos
enunciadores de los abiertos jardines,
el obsesivo sino de las transformaciones
descubre las rutas futuras
por encima de las derrotas;
y junto al lacerado caer en las encrucijadas
resuena siempre tu místico y terrenal
himno, tu eterna vigilia:
¡como fuego creador
en la fragua inmemorial del Hombre!

Tarija, 1963 – 1964

MEMORIA DE LA TIERRA

(1967)

A Diego Esteban y Claudio Miguel

I

Eso que llaman la vida aquí
me obliga a sobrellevar la edad
de mis años, donde crece la madura
disposición de los delirios delimitados.

Pero nadie dice que la existencia
está más allá de la paciente sabiduría
o más aquí de los empecinados llamados
al orden; nadie se reclina
y mira la pavorosa indulgencia
de las horas con sus dones de quietud,
nadie celebra el holocausto de la sangre
corriendo por entre los diques
de las venas; nadie recuerda, nadie escucha...

Veo los rostros salvados
en los bordes quemados de fotografías,
y allí están las lágrimas por lo que no se sabe
y se temía ya, las palabras de los fantasmas
infantiles, cuando una canción prematura
quebrábase al escuchar el paso tardo
de las abuelas desveladas musitando oraciones,
y los jazmines naciendo ávidos por el rocío
que la noche moribunda abandonaba!

—de los retardados ecos de la muerte
se nutrían los aullidos de los perros,
y el cándido fervor de lo desconocido imperaba
en las vigili-as que los cuentos alimentaron
conservando las miradas susurrantes
como un sello indeleble.

Hay ahora una necesidad de los lugares
donde anhelantes respirábamos
en la tarde como un ánfora colmada
de apremiantes designios
desparramándose en el suave viento
que trae detrás suyo a las lluvias
y los más bellos decires de la aldea:
¡obsesivo canto de las sombras!

Vuelvo hacia las aguas taciturnas,
a las indefinidas orillas donde la cúpula
de un gran árbol esconde el color de los días
y el clamor de los insectos del verano,
—¿quién podría desoír sus llamados?

Por un momento la extática profecía
del cielo gris: denso por sus sortilegios,
herido por las afiladas hojas de cañaverales,
alimentó la clara, profunda sonoridad
de las acequias multiplicando la interna
canción del tiempo en el seno de la noche
—los grillos entre las cortezas respondían
a ese canto taciturno;
—¡fibras secretas de la tarde que caía!,
las ventanas se abrieron a la evasión del sueño
y había un gato nutriéndose con su propia soledad;
—¿llamaré aún a esa persistente
e invisible exaltación del recuerdo?

Husmeando símbolos se pierden las imágenes:
sutil evanescencia de la memoria.
¿Por qué no escuchar entonces
a los heraldos de las lluvias
dejando caer semillas que el tiempo germina?

En el lecho del río permanece la sustancia
de las cosas yertas, la resaca de los ensueños,
las dudas destruyendo el ámbito de la risa,
—¿qué límites existen para las miradas hacia atrás?;
para las retardadas palabras: sólo las mañanas grávidas
de hechos como inmensas olas desbordadas.

Reconcentrado olor de las higueras: densa humedad,
espeso verdor de la luz aprisionada,
pacientes clepsidras del tiempo, destinatarias
del polvo y de los vahos del otoño
que envejecen absorbiendo las tardes.

La irrealidad de lo pasado se filtra
en su savia lechosa y en sus hojas
resecas: ¿de qué meollo del recuerdo,
de qué condiciones hablan, palpitanes,
hasta hundirme en el vértigo insalvable
de las presencias que sueño?

¿Por qué vivir sin el dulce crepitar
del fuego de la memoria; sin el oído
apegado al sonido de los susurros inciertos,
sin las miradas buscando todavía sus signos,
deteniendo sus presagios, sus súplicas
desoídas en sus urnas obscurecidas?

Ungido con la sal de los abandonos
y los proyectos como rosas marchitas
destinados a las hogueras
que en los corazones palpitan, he aquí
nuestras edades claudicantes buscando
la parte que al espíritu corresponde
y que la carne reclama.
Renazco de ruinas eficientes como manantiales
escondidos en la hojarasca de los días iguales;
¿qué es aquello que en las risas se quiebra;
qué es esto salvado de las dispersiones
que las rutas entrecruzadas
pretendieron hacernos olvidar?

Todo lo que detrás de mí permanece:
una frase, y su gesto, no su dura
presencia en un espacio extraño;
los mapas color sepia de los tumbados,
un suave silbo de aves nocturnas,
las ramas agitándose entre la reja
de la ventana y sus vidrios sucios
con barro de lluvia, y la fotografía
de los primos tapando su futura
adolescencia con un paraguas negro:
¡la foto en un marco negro aprisionada!
la muda evocación de países lejanos
mientras los grifos semiabiertos
acompañaban el arrullo de palomas
en un patio nunca visto, pero sí sentido
—me refiero a una tierra cautiva...
todo eso, en el tiempo sin feudos
que se visita al caer las penumbras
como furtivos huéspedes del instante,
se eleva a la superficie de las lenguas sin mentiras;

—¿tengo que vagar todavía entre
el espectral designio del lenguaje?

II

Es necesario conocer las premisas
de esta ácida ciencia del recuerdo;
aunque no sean suficientes para vivir,
como no lo es la inquisitoria entrega
ni el posesivo amor tan sólo. Si tenemos
que asumir nuestro destino, nuestra misión:
descubrir la primigenia pureza en las cosas,
hay que arrancar de nuestros labios
las nominativas esencias de la vida:
paciente metamorfosis de la piedra
y del árbol, de una queja, de un silencio,
de un indómito clamor, de un nacimiento...

¿De qué estremecida región viene
ese grito hacia mí? ¿Es acaso
de los fragmentos de una historia
cuyo uso y beneficio desconozco todavía?

Para honrar las imágenes las desnudo
y trato de rasgar sus envolturas y retorno
entonces a mis primigenias riberas
y en la larga jornada los caminos se aclaran;
y he aquí que reconozco los reflujos obsesivos
resonando en los linderos de las tardes

ensombrecidas por las urgencias despiadadas
que el hecho de ser hombre
engendró en el turbio lujo de las horas suspendidas.

Huésped del silencio y de los días
imposibles de nombrarse,
tórnase mi palabra mensajera
del curso de un río que persigue
su figura entre brumas levantándose,
entre perfumes embalsamando la muerte,
entre vides donde las uvas ya no encuentran
manos sudorosas ni ávidas bocas,
entre ostentosos oficios de hombres
ocupados en borrar los signos
de la alegría de sus rostros;
entre hijos pródigos que retornan
para asesinar a sus hermanos,
entre ciegos destinos de poetas ocultando sus cantos;
entre adolescentes ebrios enfrentándose a los vientos;
entre buceadores de abismos
y entre aquellos que pierden la memoria
en empeñosos negocios de la carne
quemando papeles, firmando discursos,
cambiando sus nombres en el destierro,
al lado y codo a codo con los que blasfeman
a los peregrinos... ¡singular destino
nuestro entre el núcleo del relámpago!

Ilumino apenas con miopes ojos táctiles
la paciente floración de las cosas;
encuentro a tientas el lugar de mi nacimiento
y acepto la herencia del exilio
en mi propia casa. Vuelvo a recorrer
los itinerarios borrados entre barrancos

y altos montes donde las nubes esconden
los abismos; por allí fértiles miradas
de los obsesionados descubrieron rutas
hoy ya perdidas: ¡no fueron tan sólo de títulos
y riquezas los móviles de los augurios
y las aventuras!...

Olvidando el pasado, tránsfugas de los naufragios
negocian heredades y legislan bienes ajenos
en horas de confusión.
Una crónica de iracundas voces
en los metales resquebrajando las tinieblas
arde e ilumina los símbolos nuevos
que nominan sacrificios y extravíos.

Hay quienes todavía hacen cuestión
de las condiciones del hombre, acrecentando
verificaciones sobre su estado y residencia;
pero de su servidumbre y paciencia,
de su desolada ebriedad y mansedumbre
mófanse los magistrados en la seguridad
de sus leyes y entre auditorios prestando
su eco a las equívocas palabras;
¡y nadie opina que tan sólo se viva,
sino los poetas encarcelados!

Yo he visto testificadores en las grandes
calzadas desiertas de los amaneceres
y en la soledad crepitante de las aldeas,
cuando las noches se consumen
en las pupilas de obcecados ancianos;
y tropezaba, a veces, con enardecidos descifradores
de mensajes visionarios, habitantes estigmatizados
con tan poco tiempo para morir al borde de las promesas.

Extranjero en los umbrales de la dicha,
camino asistido por el dulce extravío de los ecos,
¿quién pues me obliga
a frecuentar el mar del sueño
y en sus orillas escudriñar
la pálida y remota luz de las entregas
del alma, las rebeldes invectivas
y las denodadas interpelaciones?

No es engañosa la búsqueda, no es
inútil entre las cenizas adivinar
¡por qué la vida de lo habido y lo yerto
renace al conjuro del fuego de la palabra!

Y que la guerra del alma sea con nosotros;
y que la insatisfecha posesión del ser
sea también con nosotros...
¿Y qué somos sino el constante batir
de las olas entre el faro ciego de nuestros corazones?

Que se canten loas a los surcos que el amor
dejó en nuestros labios y que las alabanzas
se derramen sobre la herencia de las ilusiones;
y a los oficios de la duda
se le reconozcan sus incorruptas monedas
de oro y sus palmas de victoria;
y que destierren a los asesinos
que en las mañanas esparcen los temores
sobre el nacimiento de las fuerzas que nos unen.

Que atestigüen los oficiantes
de la sangre el largo cautiverio,
la coyunda impaciente y las fiebres
de los hombres; y que afronten su destino

los honrados por la muerte:
los que se nutren de inocencia,
los indigentes sin futuro,
los que rescatan las simientes
de las olas desbocadas, los que saben
que no hay espera sin semillas...

¿No es tiempo acaso de dispersar
las tinieblas, aún con nuestras rotas
espadas enmohecidas?
Porque no sólo el llanto guía nuestro luto.

Territorio combatido por el viento
selva golpeada por los ríos, llanuras
como hogueras quemándose, húmedos
valles deteniendo el sonido del tiempo;
subiendo y bajando en noches
como ilusorios transparentes,
en vírgenes mañanas silenciosas
preguntaba por los asediados linajes
del sueño de los parias. Por los destrozados
dinteles de las tardes miré
los vestigios de una devastación más fuerte
que la soledad: el olvido de la risa
en los rostros de los niños.

III

Claras señales de las primeras impaciencias
se encuentran en las enredaderas cenicientas
bajo la luz y al lado del jazmín concentrando
los destinos de las noches errantes.

Antiguas voces con el humo de las tardes
dejan caer sus murmullos entre las raíces
de la magnolia con su impasible arquitectura
formada de abolidos sueños imperfectos.

Delincuente artificioso de milagros,
proyectaba una infinita hueste de empeñosas
fantasías y pasajeras historias incineradas
en los amaneceres cuando los perros
descansaban de perseguir visiones;
las inacabadas mansedumbres entonces
apagaban el brillo aventurero de mis ojos
y la sed de las travesías...

Frescas sombras de virginales pasos
se alejaban de las manos, dejando caer
sueños en la luz de la mañana.

Usando oscuras palabras llamo
en el patio a un niño asombrado
y silencioso, borrado su rostro
por el viento que sepulta voces
en el agua estancada del jardín.

Había un ruido tenso
y el olor a querosene y café;
en aquel amanecer tibio de palomas
habían las urgencias de mi madre
y un silbo de gorriones
entre las ramas del duraznero en la ventana.

La presencia de los fantasmas
se cobijaba en los tumbados,
en los mapas que el agua de los techos
pintaba, en la madera crujiente de la cómoda
y en los rezos entrecortados de mi abuela...

Aquella vida tiene sus nombres
insepultos todavía en el jardín
de las rosas como fuegos de la luna.
Por eso despertaba en otras ciudades
con el rumor de esas vigiliass
y los ojos húmedos.

Y he aquí que vuelvo a caminar
entre calles aprisionando soledades
y precoces reconocimientos;
¿me reclaman acaso los parientes
muertos a la hora de los juegos?

Enfermo de penumbras y de signos
escapando al tiempo, sumergido

en fugitivas aguas de la infancia,
maduro de mutaciones vivo
en las pérdidas cosas ocultándome.
En las márgenes de pausados acordes
rememorando figuras, vagos sonidos,
rápidas caricias y densas miradas,
flores y gestos: ¡que me sea dada
la dulzura de los gestos yertos,
que ningún eco muera sin renacer
antes en mí; que me sea concedido
el coloquio secreto de mis primeros pasos!

Hijo pródigo de perecederos anhelos,
límite vano de provisionarias formas,
grave carcelero de la alegría
y de los cantos de incorruptibles
sílabas y amores, consuelo apenas
de los lamentos y ausencias,
de las tristes apariencias de la piedad,
sé ahora que es demasiado corto
el tiempo para morir...

¡Pero olvidada será la muerte
hasta que recobre la no consumida
sal de los recuerdos en las semillas
de los sueños en la noche del corazón!

Busco un lugar de mi infancia
forjando palabras como llamados;
un lugar suspenso con su muerte en flor
donde los geranios escondían fantasmas
y el vuelo de mariposas sobre las orejas
de gatos disconformes al mediodía;
encuentro también las fórmulas

no superadas de la vida
—¿acaso se olvidan las miradas
de la madre?—
los sortilegios del color de las macetas,
la caída de las primeras hojas otoñales
del jardín y su ruido taladrando
la separación de las húmedas
imágenes de la huerta; y entre las grietas
de los pilares y en las ramas de las enredaderas:
¡cuánto tiempo aprisionado!,
mis dulces otoños carcomiendo su verdor
y el color del aserrín y el barro entre mis manos.

La miel del sol en las siestas
del verano se consume en las acequias
con el grito abrazado por un viento
leve de la tarde al regreso del río:
¡lo invisible en los espacios del retorno!

Peregrino ya sé que nunca dos veces
la alegría se revela a cansados ojos,
porque siempre hay un pájaro
en todo reconocimiento: el que te libera
de todo encuentro sedentario,
de toda piedad, de toda existencia
hechizada por los talismanes de la tierra.

¿Me llamas, madre, en la vencida
luz de apagados sollozos nocturnos?

Jornada tenaz en las cálidas cenizas,
ésta que me conduce a los cercos
de mi sangre y agita las aguas tardías
borrando los confines de sus orillas:

márgenes de un mundo nominado
por las mutaciones de la memoria
pero no son de sueño estas preguntas
ni delimitan riberas del tiempo
estas demandas de inquisitivo llanto:
no es mi búsqueda de imágenes mudas.

No por alucinantes cábalas se pierde
o recupera la vida: sus pasos mido
en cada puerta que se abre, en toda rama
abandonada en cajones desvencijados
de viejos escritorios, en las cartas
sin terminar salvadas del fuego,
o allí: en el sitio exacto de las baldosas
con monedas incrustadas, a la entrada
de la sala donde se veló un niño
durmiendo en el regazo de una muerte extraña.

La muerte sólo estaba entonces en el ruido
de la madera, en los techos y en ciertos
marcos de la iglesia había su presencia
en los domingos y en la arena de la playa...
Si los ecos alteran la luz de la memoria,
sin embargo advierto en esta dolorosa ciencia
las sumas de las ausencias, la imperfecta
obscuridad del invisible pasado, la constante
geometría de las cifras del espíritu, los andamios
que la vida eleva entre la elipsis de la muerte.
Había secretas alegrías que vuelven
en la risa de las contadoras de misterios,
y me buscan aires enloquecidos
por canciones frescas de amor;
con prodigiosos sonos de antiguas sabidurías
de quienes dulces se sentían vivir.

Milagrosas voces me reclaman y ávido
ausculto cada vibración de mi cuerpo
jubiloso por la madura gravidez del alma.
Navegante victorioso entre escollos y mareas
me sumerjo en renovadas olas hacia islas
tenues sin tinieblas ni dormidos manantiales.
Entre un vago y triunfal gemido
me oigo nacer cuando la noche despertaba
al fervor de una donación más a su sombra
cuando el otoño en su música se envolvía
acunando mi primera permanencia
en su lecho con olor a violetas.

¿Qué presente podría ofrendarte, madre,
sino mi obsesivo amor a los lugares
donde tu reino se expande sin condiciones?

Habitantes de mucho peso en estas calles,
muertos ya, no mantuvieron memorias,
¿y acaso a mí: tan sólo una hoja rozando
los muros, habrá de concedérseme favores
porque tuve razones – no del alma – para ir
en busca del exilio más allá de mis montañas?

IV

He visto envolviéndose en su mutismo
no a hombres sino a piedras envejecidas
cuidando su silencio, encaneciendo a ciegas
en el uso de sus aislamientos.

Y supe de aquellos que en las mayores cegueras,
en horas de locura discernían todo mensaje
espurio y toda manera equívoca de vivir:
¡pero las memorias tuyas sólo en páginas
roídas se desvanecen en el silencio sin luz!

No buscaba hazañas singulares
ni tan sólo las tablas de los extravíos
o las promesas de iluminados ocios:
oficiaba la prudencia del que nada
conoce sino sus ríos interiores.

Navegante de archipiélagos subterráneos,
inconforme coleccionista de imágenes,
ebrio de inquietas esperas y signatario
cierto de misivas inconclusas,
verificador de errores y artificios
y pobre de conocimientos, parco de juicios,
opinaba solamente, tan sólo por la vida.

Consumidos sean en hogueras
los negadores del viento y de las lluvias,
de las noches claras y los días de tinieblas,
los que dudan de las leyes del desorden
y de las vastas codificaciones de las rebeldías,
los que se irritan por no saber preguntar
y no obtienen respuestas del silencio;
que prohibida la vida les sea
a los que reniegan del curso cristalino
de los sueños y de la irrefutable
lógica de los mediodías nocturnos.
Anatema sin salvación caiga
para los que miran sólo la letra
y se rigen por la letra
y no por toda cosa viva en ella encarcelada;
a los que se enervan por los cantos
nominando gestos vivos y usos de la carne,
a los que mancillaron la hegemonía
de las grandes visiones
en la impura estancia de la muerte.

Habitado por un sino de iluminaciones
sólo quiero la plena autoridad de lo palpable
por los ojos de las manos y por el tacto
de las visiones y el lúcido poder
de las palabras sin su lógica enceguecida.

Se abre a mis requerimientos un día
sin riberas, con sus arcillas dóciles
a mis preguntas; y hay un designio
en que demore mar adentro de sus orillas
en estrecha alianza con sus formas
modeladas por las ofrendas;
obsequiado por lejanas ilusiones,

¿cómo es que pude embarcarme
hacia obscuras aguas con la resaca
de precarios ritos otoñales?

Y en beneficio de mis días venideros
que el sueño –pálido jazmín–
dilata sus pupilas en los acantilados
donde el reflujo de las fábulas
perdidas golpea incesante:
¡cuánto mar sin navegar
elevando sus olas ante la muerte!

Y heme aquí pues desde corales navegando,
entre rompientes virando mi alma,
anclando entre cantos de palomas migratorias
–ágil nadador en ineluctables remolinos– ;
entre espumas desfalleciendo en prohibidas arenas;
veterano husmeador de tempestades
y naufragios, desciendo a frecuentar
los túmulos marinos de la sangre
de ahogados capitanes del exilio.

Porque no me asistirá ningún mensaje
de invisibles playas, ni en mi búsqueda
de tesoros inciertos en negros arcones,
esculpiré en las canteras sumergidas
vastos testimonios de mis pasos
y el caminar y las obras de quienes
forjaron –al filo de la tarde– un dulce
idioma grávido de puras enumeraciones.

Escucho el latido del curso libre de mi sangre
y en ella el palpitar de quienes no murieron
a mi vista; de las cosas también a mis oídos

no quebradas sus luces ve, sus figuras
como estrellas desgarrando los vendajes
de las noches donde árboles crecen y flores
reciben a los vientos de la infancia.

Pero no importa ahora
que tales testimonios sean descifrados;
tan sólo sepultada sea toda tristeza
migratoria y todo fuego purificador
de tardías visiones en lejanas calles;
bienvenida sea toda soledad de lo reencontrado
acompañada de su música; y que también loada
sea toda cosa material no repudiada
y toda castidad de los silencios
no escuchados todavía; y, sobre todo,
que no haya ofensa para los viajes de regreso...

¡Dichosa sea esta vigilia del recuerdo!

Tarija – La Paz – Roma – Erquis: 1952, 1965, 1975

EN CAUTIVOS SUEÑOS
ENCARCELADA

(1968)

I

Patria de sueños cautivos
y muertes ignoradas,
entre nieves despiertas
a tus días de dolor;
la tela distendida
de tu cielo
filtra el aire
que por las ruinas
y en los pajonales
con herida voz canta
y se expande en llanto
por aprisionados ríos
sin mares donde morir.

Prisionera de símbolos
te obstinas en domar relámpagos
que los inviernos extienden en la hierba.

¿A qué noche
el odio te conduce
ciega, entre resplandores
de afilados cuchillos
desgarrando sombrías efigies?

¿No es hora ya de romper
tus amarras
de metálicas
y agoreras fibras?
¿Es que acaso
intangibles lanzas te detienen,
o fantasmales huracanes
te cercan con garfios de aguas
empujándote a barrancos
de turbios destinos?

Abre los ojos a visionarios fulgores;
de tu propio vientre,
con tus manos
haz nacer el fuego
que devore las raíces
de podridos cimientos.

Despierta de tu desamparado sueño.
Esculpe tu vida en la piedra
donde no cayeron
complacientes lágrimas,
en aquella
donde nunca se apoyaron
vencidos cuerpos
en temerosas vigili-
as, escoge ésta:
la amasada con sangre
de muy altos designios;
busca, patria,
tu obscurecido rostro
de fiero y altivo mirar;
enséñanos
tu mirada de sol

tu fuerte pico de águila,
tu voz de bronce,
tus garras de implacable puma.

Patria
de avaras sustancias,
entréganos el don
de proféticos silencios
y descubre los velos
de herméticos símbolos por venir;
en tus aguas pródigas
danos de beber tu gesto
enunciador de futuro:
la fuente cristalina
de tu ser.

¿No puedes apartar,
tan solo un instante,
las imágenes de los naufragios
de tu alma, y entregarnos
la simiente del rayo,
la vibración
que en tus cielos
crea el relámpago, la llama
que incendiará
tu hollado territorio
de brumas y de nieve?

¿Cuál es el secreto
de esas hondas inscripciones
en tu arrugada frente
de mustias montañas ciegas?

Patria de fatigados cielos
y desvelados pesares,
¿en qué fragua nocturna
tallas el diamante
que cortará el espejo
donde el criminal sin sueño
se contempla las manos manchadas?

¿Dónde recuperarás la savia
de tus cantos dormidos,
cuanto tu diaria muerte
cae sumisa
en brazos de la noche?

Tierra propicia a los lamentos
esparciendo sus semillas
con la ayuda de aires
que cortan espesas nieblas,
¿permitirás aún
que tu leche amamante
a los que cubren de brasas
tus abiertas heridas
que el tiempo cicatrizó?

¿Conseguirás todavía
al verdugo
que te coloca
ensangrentada corona de espinas?...

Abres tus párpados de cielo
cuando el sol te obliga a mirar
tu cuerpo taciturno, a sentir
tu hipnótica respiración solemne,
tu indeciso jadeo

arrastrándose
como un gran animal
que no acaba de morir
entre la vida y la muerte...

¡Y no hay nadie
que reciba
tu esplendoroso gemido
de reina solitaria
absorta en su aflicción!

II

“Y he aquí que impasible miro la cordura de los dioses y el ocaso de las bestias persiguiendo frágiles aves; y pregunto entonces por quienes edificaron vastas mansiones donde el odio corre como un niño maligno;

¿dónde está la sangre derramada
por famélicos salvadores
queriendo resucitar mitos
ya muertos?...

¿Y dónde está el hombre
que dio vida a la piedra
obedeciendo al mandato de sí misma?:

¡vanas memorias de
obsesivos desvaríos!

Imagen de un sueño, mi cuerpo busca su rostro
en el corazón que exalta a la música
nacida en cada murmullo de mi sangre,
y a tientas,
entre el aliento espurio de los homicidas,
sin que nadie sustente mi búsqueda,
llamo
a quien en la tarde
combate por su sombra,

corre detrás de sí mismo
y sube
a interminables escaleras
para recuperar su mirada hacia adelante;
busco también
en áridas mañanas a la sal derramada en las lágrimas de
aquellas que murieron sin ver a sus hijos y sin destilar
el agua del tiempo futuro...
Y sin embargo yo escuché la tibieza de los ríos
atardecidos, el puro silbo de pájaros volando al espacio
abierto de mis ansias;
y entregué mis días a la paciente construcción de la torre
del poema;
la palabra que endulzó mis noches en la puna;
y supe también cómo el hombre pule su geometría predestinada.

Vacilantes tumultos de mi sangre, como cataratas escuchadas
a lo lejos,
me levantan
y oigo el galope desbocado de furiosas tempestades
y extraños augurios me detienen:
el día cubre su rostro con un manto de dispersas estrellas
muriendo en el sueño de viejas ruinas;
yo sé
que del empeñoso engaño de buscar la voz de los heraldos
anunciando el día en que nace el héroe,
nace también
una vana esperanza como copa de cristal
que cae
y se rompe
como el día que nadie esperaba;
y estoy de pie,
solitaria
en la lluvia mansa de la acongojada agonía de una tormenta

sin frutos;
y escucho
a la piedra cantar
y veo a la gota de agua
grabando en mis cimas su último adiós...”

III

En tus aposentos hay ventanas tapiadas,
altos muros sin resquicios
para el rayo de sol que el moribundo esperó toda su muerte;
cerrada en ti misma clausuraste tus montañas
y no hay aire
que no se ahogue
como una llama pronta a extinguirse
en el desierto donde se forjan las armas destinadas
a tu martirio
pero yo sueño descifrando los jeroglíficos que el amor
gravó en tus cerros,
en las playas lamidas por soles tiernos
como abuelos risueños mirando más allá de tu silencio;
¿qué escribiste
en las lápidas de tus hijos muertos;
qué dijeron sus labios secos
antes de reclinarse
ante el último hachazo de la muerte?

¿Acaso no hay retorno posible
al eco de sus palabras,
a la música tan sólo de sus palabras...?

“Mis hijos insomnes caminaban con mi pausada respiración
nocturna entre páramos y breñas,
y en mis valles inventaban sortilegios;
errantes parias
codificaron rebeldías
y vagaron vencidos y vencedores
con profundas heridas fraternales;
y cuando solitarios se cobijaron en altos muros
en sí mismos encerrados
dictáronse sueños apaciguadores
y recibieron oscuras revelaciones de sus dioses,
yo acogí
los huesos de sus muertos
y les mostré los secretos signos de sus vidas”.

Un árbol de injurias
te entrega sus frutos;
y no hay nadie que derribe su viejo tronco, no hay quien
refute ese alfabeto iracundo
en incomprensibles discursos vertiéndose:
¿quién cerrará la boca
de los traidores estigmatizados por la histeria?

La sangre
de los holocaustos
va y viene,
y no se detiene: su flujo
no termina
y se derrama
en despojadas comarcas
abiertas al fuego
de los amaneceres
donde se truncan vidas:
débiles ramas

rasguñando apenas
al nacer
un solo instante del reposo
de tu tiempo encadenado
a la codificación hermética
de tu cielo
amortajado y mudo...

Conocido el fuego que esculpe el rostro de la dicha,
las manos invisibles del amor,
los párpados de sombras abriéndose
al nacimiento de la espiga:
conocida la palabra
que al corazón el agua descubre
¿por qué ocultar el rumor de virginales pies
en las riberas de los ríos fecundando flores
como estrellas caídas?
Dime patria
de espinas firmes,
de soles agazapados y terribles;
patria
de huestes sordas
batallando contra el sueño de los parias,
patria
de manantiales clausurados,
de inexorables palabras torturando
la delicada gramática ensoñativa de los cantos;

territorio mudo
donde la luz se extingue
en maduros soplos envenenados
y donde se desgajan árboles adolescentes
apenas conteniendo tu savia;
tierra propicia para los túmulos

donde se entierra por igual
al asesinado y al asesino
y se profana el sueño
de quién dulcemente murió
en su otoño predestinado;
tierra de aguas lastimadas,
de tinieblas resignadas,
dime:

¿por qué engendraste al voluptuoso verdugo
y, al mismo tiempo,
oh patria de los martirios
a sus víctimas enceguecidas?
¿No podías,
tierra de las brumas crueles,
no podías acaso destapar tus oídos a los vaticinios
que las nubes susurraban antes de la tormenta?
dime
patria de largas disoluciones
¿por qué no apartaste
con tus vientos,
el silbo agorero de las aves peregrinas?

Me hundo en las raíces del agua hasta tocar tus sumergidas
flores:
las plantas de tus cerros;
y este mar enterrado
bajo páramos y llamas de fuego
en bosques de invisibles márgenes
y valles con ríos de arena,
oigo tu lento palpitar,
tu palabra y tus lágrimas;

y no quiero entonces
oír tus lamentos

que suben a la superficie en parajes de sal convertidos,
no quiero, tierna imagen,
patria
de agua y viento,
de espigas avasalladas,
de dichosas tormentas lavando el polvo,
desterrando el vaho de la tierra mancillada,
no puedo escuchar tu llanto
sin que una arteria, un lastimado músculo
no me anuncien la muerte
de mis años
contemplando
tu sonrisa entre las nieves
y tus cabellos desdoriándose en tus valles...

IV

“Escribí con fuego en el corazón de mis hijos
en sus raíces heridas:
las señales ciertas del desamparo
y del asombro también
y de la gloria de ser en la vida y en la muerte;

escribí en mi territorio
las leyes
de ceniza
los códigos
del viento
las premoniciones
de aire

y abrí mis manos
al caminante
de sus sueños
al que dispersó mi canto
al que juntó mis noches
divididas
al que sintió su sangre
en cautivos sueños encarcelada;
pero escondí mi rostro
de tinieblas,

cerré mis ojos
metálicos,
y mi boca de bronce cerré
y mis entrañas
de avarientos tesoros
clausuré
al pedernal obstinado del réprobo,
al que comiendo polvo se empeñaba en descubrir mi oro:
luz enclaustrada
martirizada flor
carcomida piedra
ceniza
agua endurecida
aliento olvidado de mi tiempo
locura de mis noches

y ofrecí manantiales
a los buceadores
de mi silencio
a los domadores
de mis vientos
a los cosechadores
de mis lluvias
a los codificadores
de mis tormentas:
surtidores,
fuentes nocturnas
ríos en mis desiertos
les doné a mis hijos
y a los bastardos de mis sueños nacidos
entre tempestades y naufragios de mi sangre
arroyos de luz
bosques meditabundos
llanos cristalinos

con gavillas de oro
les brindé;
y a unos y otros
mi regazo
de estrellas
como un poema de altas torres
de música
y de lumbre
alumbrando la noche de sus corazones...

Y al nacer los días,
¿qué me ofrendaron ellos,
sino ríos desbocados,
adioses
de turbia sangre
y lamentos
en tronchadas noches?...

¿Abriré aún los dinteles
de un nuevo día a sus ciegos ojos...?"

V

¡Ay de tus ruinas cuando el rayo de los muertos
caiga sobre ellas!

Pero antes,
cuídate
patria grávida de tormentas,
cuídate
del tropel de las ratas
de los traidores posesos
de los estertores de negras conciencias
profetizando sombras sobre los mediodías
fantasmas en los muros de los fusilados
tumultos de mudos flageladores;
y resguarda
tus insomnes arquitecturas
de los fatuos con ideas fijas
de los videntes del terror
de las estériles mujeres;

cuídate,
cuídate patria
de ciegos y sordos poetas
huyendo de sus sueños,
cuídate
de lo que escribe el viento.

Patria de maldecidos ejércitos
defendiendo
lo obscuro en lo negro
la noche agónica
sin dinteles
lo edificado sin fin alguno
y sin ventanas
lo que se dice
y no se sabe quién lo dijo
la sinrazón de los desvíos hacia atrás
y lo que no hubo sino en el delirio
del idiota.

Y, entonces,
¡ay de quienes olvidaron
tu historia
de piedras malheridas!

Y no olvides patria
que allí donde buscas
a tientas tu sustancia
está el peregrino de tus vigili-
as:
el que se llena de ti
como penetrando a un río soñado,
y están también
los que luchan todos los días
con los días tatuados de laberintos;

al lado de ácidos racimos
de grandezas corroídas
—sin resurrecciones posibles—
está el fuego
musitando revelaciones

en sus labios intangibles
devorándose incansablemente
y engendrándose a sí mismo:
el fuego
con su ojo sin párpado
y su agua escondida
bullendo en sus cabellos...

En un tronco de brasas
tu cetro de nieve
muestras
y tus días
que aún no acaban de morir
porque no alcanzas
a señalar la plegaria de sus albas;

en túneles desplomados
el aire de los amaneceres
pugna por su futuro,
sin embargo
tu eres
patria
el cuerpo del agua
que se derrama
y se vierte
y cae
en nuestras heridas imágenes.

Dime patria
¿dónde está el arquitecto
de tus bastiones;
dónde los hombres que daban vida
a la vida
de las estaturas,

los que fundamentaron la música,
los que plantaron el fuego en tus entrañas?
¿Dónde
en qué altos y oscuros cielos
forjas el metal de tu esperanza,
con qué hachas liberadoras
cortarás las raíces de tus demencias?

Tus hijos
nacidos en el agua,
tan sólo fluyen,
se desparraman,
no son más que viento,
engañoso torbellino.

¿Dónde está,
patria de islas ocultas,
de tesoros inconcebibles
de anegados ríos de sueño;
dónde está el hombre que a tus vacíos salte,
suspendido,
alentado por su propio salto,
y que derribe su sombra
y con seguro trazo dibuje su rostro,
su cuerpo, sus ágiles miembros,
y el que se destierre en tu corazón,
obedeciendo a su destino;
y el que se tienda como una flecha
para dispararse a sí mismo
hacia lo que tiene que ser,
hacia lo que vendrá:
en el instante exacto de su hora?

De estas cenizas,
patria de escalas sin fin,
¿renacerá el fuego
y en él
—como una semilla de viento—
el amor...?

Tarija, 1967

AUTORRETRATO

Me miro a través de los demás
y a través de mí mismo
—sin sorpresa—
y no cabe ya duda alguna:
soy como un aventurado
diplodocus
en esta era de ciencia ficción
y radioactividad,
misiles, *skybolts*,
megatones, fisiones,
over-kill, retaliación masiva,
máquinas IBM,
cinemascope y minifaldas;
ignorante —hasta la pared del frente
de todo aquello—
camino sordo y ciego
ante los números
y las creaciones geométricas;

no sé nada
de la pasión indefinible
de la ciencia,
sé sin embargo,
de su sabia paciencia

de exterminio
y de su increíble amor por el Hombre,
¿pero cómo comprender eso
si tan sólo conozco personas:
sencillos hombres destinados
a perecer con sus patéticos
nombres comunes?...

Afanoso buceador de silencios
interiores
me repliego
tímido como una oropéndola
ante la algarabía arrítmica
y sexual de la juventud
incomunicada y disconforme;

tengo miedo
de esas soledades en bloque,
yo que soy un tembloroso ratón
de cuadriculadas costumbres
aldeanas
yo que aborrezco las invitaciones
ceremoniosas en el día
—que me impiden dormir
después de los almuerzos
mientras el tiempo lento del verano
me susurra sueños de la infancia;

y que por igual odio
leer mistificaciones periodísticas
y escuchar la radio
y concurrir a las oficinas,
yo que tiemblo para dar razones
enseñar lo no aprendido
y opinar en vastos auditorios,

¿cómo podía sentirme
dichoso hijo de este siglo
de embrutecimiento estadístico?

No cabe duda,
soy un obnubilado burgués
de místicas creencias subjetivas
y culpables deficiencias
comunitarias;
yo que amo con ternura las fotos viejas
los ciegos ademanes
la fragancia de los cerros
el olor enclaustrado
de las noches invernales
el perfume de los ríos y la lluvia
y me conmuevo con los dados sabatinos
las predilecciones minúsculas
los amistosos chismorreos
las imprevistas preguntas inútiles
de mi mujer y sus incontenibles ternuras
cuando sobrevienen las pesadas caídas del espíritu;
yo que tengo la sana costumbre
de reñir a mis hijos
y apesadumbrarme después,
y sucumbo por igual al pontifical
y viejo proceder de renegar
por la pérdida de un lápiz
o de una tijera o de un simple papel
en el que pude haber escrito
insuperables odas,
y que también aborrezco
el desorden
y poseído estoy por el amor
y el deseo de reencontrar imágenes
palabras y color;

yo que figoneo absorto
fabulosas galaxias
en atardeceres muriendo
en las montañas
y que no podría vivir
sin el lugar donde escribo
—donde nacen mis obsesionadas búsquedas—;
yo que adoro
el retrato y la música de Bach
con su serena causticidad
derramándose de sus ojos
así como me consterno
en el luminoso abismo
de Bruckner, el doloroso
cielo de Brahms, la angustiosa
búsqueda de Mahler
—y que con igual amor escucho
a Gardel y a la piadosa música sexual
de las aguardentosas guitarras
de estos valles, felizmente
inaccesibles a los jets—;
yo que sobre todo me siento
abrumado
leyendo lo escrito
por quienes descendieron
a los húmedos subterráneos
por donde la sangre de los hombres
corre vertiginosa
a su tumba de agua:
me ensañaron que la muerte
y la vida en una raíz se unen;
yo que advierto los signos oscuros
de esa raíz en toda plenitud carnal

¿acaso el amor no contiene
la savia mortal
de todo nacimiento?;
creyente peregrino del fenómeno poético
yo que deliro vigilante
ante toda lucidez de la palabra
enunciando la gramática
del dolor cotidiano
y contemplo extasiado
la hoguera de la fe
en toda razón sin trabas,
¿cómo podría sobreponer
la música y la palabra
y sus escondidos laberintos
—entrevistos en fulgurantes soliloquios—
y el encuentro purificador
del color y la forma,
a la queja del hambriento sin voz
al martirio del iluminado
por sus ideales
al que va derecho
y sereno a su muerte
preñada de luz del mañana?

Yo, burguesito humanitario
avestruz subjetivo
cobarde amorador de las semillas
del futuro en todo pasado
egoísta buceador de mi sangre
y mis silencios
empecinado en la lectura
de las mutaciones de mi ciudad
y sus habitantes,
¿hasta cuándo defenderé

la incuestionable razón
de mis experiencias sensitivas?

¿no es hora ya de hacer prevalecer
las razones de los que agonizando
construyen un mañana limpio
de histéricas edificaciones?...

¿Qué valen, pues, mis quejas escritas
si hay quienes torturan
a los que se atreven a mostrar su hambre
y reclaman con vos firme
y simples palabras
lo que les pertenece?

No es necesario —me digo—
saber de las leyes
que la ciencia abandona
a los pacientes planificadores
de la expoliación,
ni conocer los ritos
de la incomunicación;
no es imprescindible
convertirse en un erudito
de la desolación religiosa
para estar de pie
—con el oído atento—
en un mundo de solapadas recriminaciones
y matanzas frenéticas
en las mismas narices de los píos
cancerberos de la Humanidad...

Tengo que olvidarme, sí,
dejar a un lado

lo sabido en el llanto
y la alegría,
 –borraré por eso
 las huellas del amor
 en este territorio de mi cuerpo
 envejeciendo?–

¡Pero es llegada la hora
de arrinconar tantos recuerdos
tantas cartas y advertencias
no enviadas y no dichas
tantos sonidos
y exultantes promesas!

Con la caída inconteniblemente diaria
de mis cabellos
con la magra debilidad de mis miembros
con el apasionado fervor
de mis caminatas,
habrá que dejar de lado
toda futura promesa de ensimismamientos
del alma
y alzar la voz
encontrar el lugar y el tiempo
para hablar por toda mudez encarcelada
por todo sacrificio silenciado
por toda juventud en capullo avasallada
por todo cercenamiento de la palabra;
por el mañana sin *shelters*
y sin Beatles,
en fin...

Tarija, 1968

TRES BALADAS Y UNA CANCIÓN

Balada para Ilsen

En ti la vida
se abre como una flor:
cuando miras el tiempo
que vas a elegir
con una sonrisa
o con un suave gesto.

A través de tu mirada
y en ella
la mañana se entrega
como rocío que en la flor
humedece e ilumina
el pétalo recién nacido.

Por eso a la sonrisa
con que al mundo descubres
se desea retenerla
—como a una nube
o a una canción—
con temor de acogerla
en esta nuestra mirada
ya gastada:

¡añorando
siempre la pureza
que en ti renace!

Balada para Diego

Huye pues de los encierros
de la experiencia,
—de los cajones
de sabidurías meditadas,
edificantes y serenas.
Ve hacia el borde
de la noche,
—a las ciénagas de la noche.

No temas hundirte en su memoria
su olor
flota como una flor marchita,
como una voz
anunciando el fuego
que expiará
debilidades,
pobres edificaciones diarias,
mentales cielos diáfanos:
carroñas del alma.

Pero cúbrete
sí
con la mirada del lobo-niño
y el manto sutil
y poderoso
de la infancia
hecha de manantiales;

porque hablarás
desde lo obscuro y profundo:
¡desde la claridad,
para iluminar caminos,
andares,
rutas de gente nueva!

Balada para Miguel

Para ti un mundo
libre de emboscadas
y abierto a tu pura mirada
deseo yo
para ti días de claras frases
y sonrisas en cada amanecer;

y aunque sé
que habrás de conquistar
ese mundo de mi sueño
—con el sueño y el largo caminar—,
no quiero que jamás
olvides tus nominativos
descubrimientos
en la luz alegre de tu lengua;

no deseo que dejes nunca
de mirar el agua de la vida
con la limpia caricia de tus ojos.

Yo entregaré
el testimonio
de mi cuerpo y mis palabras
—en la noche prevista—
al sol de tu recuerdo.

¡Para ti un mundo
pleno de esperanzas
deseo yo!...

Canción para Guiomar

Tú contemplarás la luz
que maravilló mis ojos
jugarás
descubriendo colores
con tu sonrisa

manantiales y rosas
cantarán
en el brillo de tu mirada
¡y un recuerdo
de mi paso leve
por el agual!...

Tarija-La Paz, 1960-1972

ELEGÍA

(1979)

I

Si tú me llamaras, padre,
desde esa ausencia
impenetrable
y oscura
como los sueños
donde las dudas
niegan nuestra presencia,
¿cómo podría contestarte
tan sólo con mi voz
—o con mi memoria
como un espejo
donde te busco
en mi rostro destinado
a las sombras?

Solo estoy con tu ausencia
y tus imágenes
escondiendo manantiales
como ecos indescifrables,
—¡solo con tu ausencia!—

Pero yo sé
que tu cuerpo hará nacer
raíces

desde esa tierra que te resguarda
de los inviernos implacables,
y desde lo profundo
se elevarán
a la luz que ya tus ojos

cerrados
no anhelan.

En ese regazo húmedo
donde la vida
y la muerte se confunden,
en esa estancia liberada del tiempo,
¿podrías oír mi ensalmo
mi súplica
para salvarme en los recuerdos
que con tu cuerpo se queman?

Porque tú ya no escuchas
ni miras
sino a través de ese sol de penumbras
y de esa luz de hielo
que protegen
tu invisible presencia,
—¡oh dura semilla de la muerte!—

Y en ese abismo
donde todo testimonio
es como un peregrino
extranjero y dubitativo,
¿cómo escucharás
este llanto
 como un péndulo irrevocable
 o como una tormenta

que no puede caer
porque ciega, duda ya
sobre la existencia de las tierras
y los ríos
y los mares donde tú me enseñaste
los nombres de la alegría
y el infortunio
como si solamente fueran visiones
cuyo secreto te llevaste?

¡Sólo tu ausencia, padre,
y la leve materia de la vida
permanecerán en la hoguera
donde tu mirada arde
esperando mis palabras!

II

¿Ese frío de solitarios silencios
y esa obscuridad de infinitos espacios,
te impiden mirar el rostro ensangrentado, el cuerpo de limosnero
mancillado
y el dormir aterido de la patria nuestra?

—la patria soñada por ti como una paloma,
como un árbol inocente que nunca terminan de talar
los cañes cobijados bajo su fronda de luz,
—o como un ave fénix cautivo
en el fulgor de sus delirios;
tu patria de sabias montañas y ásperas distancias
y valles que ocultan cantos indelebles;

—esa geografía de heridos contornos
atesorando sus símbolos inmutables
y sus nieves de pesadumbres encanecidas;
ese territorio de agoreros mitos
y obstinadas memorias,
de muros insomnes reteniendo
sortilegios que nadie se atreve a desencadenar
y que mercenarias huestes
—¡hijas tuyas sin embargo!—
pretenden desentrañar

como se destroza los augurios
de los temblorosos despertares de ancianos febriles;
esa patria tuya que aún existe
entre las cenizas de tu tumba,
¿cuándo asumirá su oficio
de Juez inmisericorde?
¿Es que acaso ella también
ya no puede ver ni oír,
le está vedado escuchar:
la agonía
de la muerte – no muerte
la vida fingida
la cólera sin voz
del que se encierra en sí mismo?

¿Dónde esconde y retiene tu patria, padre,
su rayo
y su espada
para golpear la frente
las manos y los ojos de sus judas?

–¿Dónde
desde qué laberintos
vendrán sus ángeles vengadores
a donarnos su fuego?...

III

Ahí donde el hilo del Tiempo
se corta
y deja que al ovillo de la vida
lo enmadeje la muerte,
en ese pozo donde el germen de la luz
no penetra,
¿palparé alguna vez el núcleo
de otro sueño en tus huellas calcinadas?
Lo no consumido por la vida,
aquello que se desgaja de tu ausencia
y fluye de tu sangre:
 –surtidor de la memoria,
 sombra del agua
 de los olvidos–,
el silencio que se derrama de tus ojos
y bebe el Tiempo como si a sí mismo se bebiera,
los ensueños que tu figura esculpe
en esa noche sin sombras
donde yace tu nombre,
¿buscan mi voz
y mis palabras,
llaman a mi corazón?

Desde esa escala de arduos andamiajes
donde nunca se acaba de subir,
desde ese fuego que no asciende jamás
ni nunca jamás se consume
porque sus llamas se alimentan
con los vestigios
de tus pasos;
desde esa luz que tan sólo ilumina
a su propio reflejo,
¿qué imposibles llamados vierten
—como cicatrices de vigiliass
que envejecen mi cuerpo
y lo obligan a mascar el amargo
brebaje de los días
y ver las moradas abandonadas
por el ciego vértigo
que ninguna noche pudo saciar
y ni siquiera sellar con su canto
de ebrias frases como soles extáticos
en nuestra memoria de caminantes sin refugio?

¿Es que llegó el tiempo de saber
que los viejos desvaríos
existieron para enseñarnos que todo muere
por la vida
y que nada es
sino pudo ser
en un tiempo que devora sus estancias
con la locura del querer ser,
—o que nada muere sino cuando se vive
en esta existencia en el agua del Tiempo
—en ese río sin cauces
donde la muerte se mira
en la vida de su fluir eterno?—

¿Cómo debo sobrellevar, padre,
este dolor,
esta incrédula evidencia
mucho más válida que el pasmoso
empeño de sobrevivir
rodeado de falsos testimonios
complacientes abjuraciones
y mentidos jubileos
por seguir viviendo?

¿Cómo es posible vivir
en este yermo de obcecados pantanos
donde sólo hay eficientes torturas
para el que cree aún en los amaneceres,
el látigo y el destierro
y la cabeza y las espaldas gachas
para quien sueña todavía
componiendo salmos?

¿Cómo podría glorificar
este prostituido oficio de testimoniar
soledades quiméricas y libertades programadas,
si tu muerte también nació
en el exilio donde la repugnancia y el cansancio
clausuraron tus ventanas, todas las puertas
de tu casa
para que la soberbia de los tráfugas
y el obsceno canto de los escribas
no mancharan tu miseria
—limpia de honores?

¿Escuchaste, padre,
detrás de ese muro
—de ese cerco de espinas—,

tuviste tiempo de oír
—entre los fastos de trompetas pasajeras—
ya no el áspero ritual de la agonía
de este pueblo,
sino el canto de los timbales
donde su sangre golpeaba anunciando
el ocaso de los desamparos
que todavía nos enceguecen?

En ese frío donde la vejez se defiende
de la muerte,
en esa pesadumbre
donde los maduros sueños rechazan
las amargas sabidurías
y donde la locura no se reviste
con sus llamas,
ni la desdicha cultiva rosas;
en ese refugio
donde todavía se invocan las utopías
de fenecidas aventuras;
en ese resplandor de dulces aguas
horadando cauces por donde navegan
—hacia el mar de su sangre—
los muertos de altivos mirares,
ceñidas sus espadas enmohecidas
y mascando sus claras frases de desprecio
a los muelles, arrullos del alma,
buscando un remanso para sus cuerpos
en sus tiernas viñas
donde desdeñaron sus miedos y amaron
los vendavales y tormentas,
remontando cimas de oscuras premoniciones
sin caer jamás en estériles complacencias;
los abuelos de tus abuelos

que ahora reciben la ofrenda de tu sangre,
—esos muertos de rostros austeros
y misteriosas sonrisas
que ejerciendo el ineludible oficio del desengaño
no admitieron

—ni en la vida ni en la muerte—
el lujo celestino de los bastardos,
¿te hablan acaso del tenebroso uso
de las demencias que corroen los pronósticos
de este tiempo de las cavernas?
¿En esa heredad sin límites
—en ese territorio predestinado—
se escucha, padre,
el gemido de los asesinos en los amaneceres,
el mudo llanto de la obligada miseria,
el eco apenas del silencio de los torturados
o el sordo paso de los exiliados
perseguidos por la jauría de los masacradores?

IV

En esta marcha triunfal de las bestias que
pactaron con sangre impura sus alianzas y firmaron
su conjura con los holocaustos de sus hermanos,
en este pervertido desfile donde tocan sus
charangas los saqueadores de tesoros acumulados con el hambre
el deshonor
la avaricia
y el embuste;
en esta ponzoñosa empresa de los desafueros
donde el odio canta en los fuegos de los designios innombrables;
a través de ese vaho de las podredumbres y
sevicias de las aves de rapiña regateando los despojos
de las honras de quienes defendieron nuestra heredad
en las prisiones
muriendo con el cáncer de la soledad;
¿puedes, padre
escuchar el clamor de este pueblo
que alienta el Fuego Sagrado
y el crepitar de la simiente
de la Hoguera
donde arderán los réprobos y los perjuros

Sí,
tú me decías
que la iniquidad siempre señoreó
este páramo de cardos
y que las bestias hollaron
sus tumbas,
sin embargo,
tú me enseñaste
cómo las auroras iluminaban los andares
de los penitentes y peregrinos
que en todo sendero de la patria
hacían florecer de cada congoja
y martirio
los laureles que coronaron
el sueño de los héroes;
y es cierto que para rehuir todo comercio
con los falsarios,
excomulgaste de tu corazón
todo crédito a las ilusiones
en las que no hubiera el designio
de la paz contigo mismo;
para vestirte con las sentencias
que repudiaban la gracia de las bienaventuranzas
temporales,
sin tener en verdad necesidad del sello tibio
de las cisternas del alma,
sin nada más que te concierna
sino tan sólo la soledad
del marginado de los grandes fastos
apetecidos por los perseguidores
de espurias ovaciones;
¿interrogaste ahí,
indagaste el porqué de esta ausencia
que despojó a mi corazón de su juventud

y su inocencia de ágil buceador de sueños,
¿qué obscura alabanza de la tierra,
cuál de sus promesas
 –indelebles como los desvelos
 de sus noches
 y tenaces como sus inviernos–
te condujeron a ese confrontamiento con el núcleo
de tu severa condena;
acaso en ese destierro
la amistad de los hombres
 –sus mentiras como lluvias
 enloquecidas
 sus empeños como ríos ciegos–
era el fruto para toda desilusión
asumida como una corona de martirio ineludible?
Sin embargo,
sin embargo tú me hablabas de los augurios
que nuestros abuelos anunciaban
cuando se sentaban a esperar sus muertes
prendiendo el fuego de sus piras
funerarias donde se tendían
como leños nacidos en los desiertos
que endurecieron sus vigílias
como a las piedras de sus ruinas devastadas;
porque esos, y no otros, saciaron su sed
con la sal de sus deseos
 como si hubieran vivido para buscar solamente
 razones de un futuro sin discordias.
 ¿Recuerdas, padre, cómo me hacías conocer los símbolos
de los muy grandes arbitrios del alma y de la dura corteza de sus
empecinamientos
 que combatían los hechizos de los hombres de vecinas/
 fronteras,

llegados a nuestro suelo como animales apaleados
con pieles de pergamino y los ojos amarillos,
para colmarse aquí de luz y pacíficos sueños?

V

Recupero de esta ausencia
 tu voz
y tus sueños
 donde la dicha de lo soñado
ya no encontrará muros ni cadenas;
de tus cenizas
brotará el agua
que lavará las costras
de este exilio
como al júbilo del silencio
aprendiendo a hablar;
apelaré, pues, a tu silencio
para recoger la luz
que iluminará estas quemaduras de la decepción;
para velar con nuestro pueblo
las armas que destruirán
los cimientos de los precipicios
y las paredes de las reclusiones del espíritu,
y aventaremos la sal del llanto de las mujeres
ya no en la vana tristeza
de los enclaustramientos
ni en las elegías
de los poetas ciegos y sordos
a este despertar del Trueno;
y ya nadie

ningún bramido de los lebreles
de las derrotas
ningún bozal para las palabras
pronunciadas
en las muy altas noches del terror,
nadie
podrá interponerse para que escuche
tu llamado,
porque tú me buscas con la voz amortajada
de los abuelos
que no terminan de morir en el desconsuelo
de sus mudeces
o que todavía esperan a la muerte
en el frío de sus cenizas
—como si escarbaran en ellas
pavesas donde aún no enmudecieron
los sonidos de sus nombres
y linajes en las rebeliones del alma,
donde la sangre de las claudicaciones
se agita en los osarios
con la espuma de un mar atormentado
por el arrepentimiento y el olvido;
y si hoy apenas un triste hálito de tu presencia
viene hacia mí,
tu voz me llega sin embargo
con su apagado fulgor
rechazando rostros pálidos
de marginadas sombras
para hablarme de esta ausencia
que no se calcina entre el estremecimiento
de tus huesos
ni se esconde en la disolución de tu carne,
destinada como está a la vida
que el agua de tu tumba

y mi memoria enaltecerán;
no temas padre
que tu voz no aliente esta búsqueda
de las semillas de nuestro destino
que ya se alza
 —en esta hora de los espurios cismas—
de la cólera insumisa
que dispersará a los vientos
de las aberraciones
con sus blasfemas promesas;
no es en vano, pues,
que tú
 —ya no tu ausencia—
me llames como si buscaras
tu propio rostro
en las transparencias de la vida
donde la muerte se esconde
como un pájaro ciego,
o como si estuvieses hablándome con los labios
de otros muertos;
no es inútil que la bruma apenas de tu voz
me dicte las palabras
de la zarza ardiente de este canto
que yo entregaré
a la fragua donde se forjan
las armas castas y terribles
que derribarán los templos
de la corrupción...
¿Bendecirás tú esos vientos purificadores?

Tarija, 1974

ELEGÍA PARA JAIME SAËNZ

(1990)

En secretas puertas de la Noche
oigo tu voz que regresa
de las tinieblas
y me lleva adentro
del oscuro espejo de tu ausencia.

En el humo inmóvil siento
tu voz que aparta el ciego
temblor de la mudez,
y limpia —con su invisible aliento—
la irrevocable sombra de tierra
como un niño que inventa
el rostro de la vida.

Miras sin ver: palpas tu mirar
donde arde tu cuerpo
como lumbre de un sueño;
y allá escuchas el penoso
trabajo de la dispersión
del recuerdo: agua de carne
y sorda ceniza.

Un río de vigiliassubterráneas
escarba el vacío,
y en ese hueco te protege
del girar implacable de las penumbras.

Te estremeces con la duda
de tus pasos: alguien todavía
te llama, ¿o es sólo el olvido
que revive el canto
de tu última mirada?

Es tu voz la que me señala
—desde una imagen desvelada—
los senderos de las noches
de encuentros e iluminaciones.

I

Te conmovías con la duración
de los crepúsculos en la ilusoria
pasividad de las cosas.
Esperabas las lluvias entretanto
se calmaba el ruido de la ciudad.

Y el agua bajaba como un pájaro
sin oídos ni ojos esparciendo
los vientos misteriosos
del Altiplano, y buscaba la cifra
de su sosiego en roncadas arboledas
y en las calles donde caminabas
cubierto con tus ansiedades.

Penetrabas entonces en la Noche
sin ventanas: al astuto cántico
de la Noche, a la vida de la muerte
de la Noche: al otro lado de la Noche,
a las brasas del Frío de la Noche,
para mirar con sus ojos tus espaldas
y tocar con sus dedos las palabras
que ella encubre con sus nieblas;

allá donde el alcohol te mostraba
a los que bebiendo se despojaban
de sus cuerpos en la soledad
sin sed —en lo más hondo
de los gemidos de los que dicen
saber cómo son y de qué están hechos—,
pues si no hay sed el mundo
es tal cual es, sin atenuantes
ni pesares...

Entre el espanto y el prodigio
el delirio vigila la realidad
que él inventa: ahí los pequeños
seres se recrean innumerables
en afanosos diálogos dirigidos
por el color azul; y observas
en un tiempo sin espacios
las meditadas actitudes tristes
e inconmensurablemente alegres
de las viejas señoritas
con paraguas, de los carpinteros
con escarlatina, de los niños bebiendo
coñac en brazos de sus abuelas,
de los jorobaditos pataleando
en un arcón con sombrías cartas
jamás enviadas —jorobaditos
martirizados por sus mujeres
con el peso avaro de las luces
cotidianas— que no son luces
sino palidecer—;

y la dicha te hace llorar
cuando pasan aparapitas cobijando
las iluminaciones en lo más recóndito

de sus cuerpos: y ves gordos bodegueros
con el penar de sus almas en sus ojos
en bodegas perdidas en hostigados
callejones, excombatientes escuálidos
rematando el dolor de tu ciudad;
electricistas sabihondos,
correctores de pruebas, cajistas
y linotipistas rumiando
la estolidez de los oficinistas;

cornudos con el empaque de grandes
señores; enanitos sutiles burlándose
de los lloriqueos de los ganapanes
bailando al son del sol que nace,
y hombres de avería mirando
la claridad de tu calavera;

indios apoyándose en sus sombras
—oyendo los arcanos chupados
en la coca—; jubilados alegando
los infundios de la derrota;
mujercitas con los olores
del desasosiego de las calles;

arañas desenredando hilos
de la Nada; muñecas conmovidas
con las fragancias extraviadas
de pinos que sueñan los mensajes
de los ríos —muñecas que te miran
en el mirar que no reconocen
y saben que no es del olvido;

fotos que murmuran a tu fatigado
escuchar: “no hay tú”,

para que la música afirme:
“de haber tú yo no sería
en el fluir donde te habito”.

Y de esa barahúnda de bailes
y contradanzas de niños apresados
en los telares de los insectos
cantores observados por gallos
en amoroso coloquio
con las moscas; entre ese ver
y no ver e ir y venir de las figuras
que remueven el celeste y el amarillo
cadavérico y el índigo y el naranja
de cercanas nubes susurrando
entrecortadas frases, desde allí oyes
y luego contemplas a la niña
–tu hija– que en su cuna
con el tigre te canta:
“de no haber yo, tú
no habitarías en el recuerdo
que es la ansiedad y es la alegría”,

y en la fotografía dolorida
está la mujer con la luz
en su espalda, apoyada en el vano
de una puerta abierta al olvido,
grávida de su soledad y del adiós
que no se atreve a pronunciar
–o acaso viéndose en otra imagen
que tú llevas en cierto mirar
de agua turbia; y es ella
la que te dice desde anocheceres
de neblinas ocre con silencios
de cunas vacías y pavores mudos,

ahora que el llanto no se abraza
a ninguna despedida: “nada habrá
sino esta presencia de lo inmóvil
en la melancolía del fuego”.

¿Fue ella quien te dijo
—con la voz de los que se van
como si se escondieran de las cosas—
que nada hay semejante a sentir
que no habías, que no estabas,
sin atinar a indagar en tu cuerpo
inexistente, con miedo a tocarte,
esperando ser en la distancia
del mirar de aquella ausencia?

¿Y podía el amor a los lugares
—a la música del suspiro
con que se hacía visible la Noche—
o el amor a los objetos
con los que vivías
en ese monólogo de consuelos,
reconocimiento y terrores;

podía el desolado ver
los hábitos de esas cosas
—como si en esos usos miraras
desvanecerse o quizás ocultarse
las maneras que tiene el Tiempo
de ignorar la vida;

podía apagar en el vacío
de tu cuerpo la visión
que resguardaba —en la yerta
gelatina— el sueño

que con su conjuro te arrojaba
al río del alcohol o al pozo
sin fin de las revelaciones?

El lúcido fuego mostrándote
el rostro que te esperaba
en el desamparo; la soledad
en el refugio de la música
y la compañía de las cosas
que aprendiste a amar,
te hicieron saber que el amor
no podía apartarse del tiempo
que te fue dado, ni perderse
en otro tiempo que en sí mismo
y en el abrazo que lo crea
se colma con el asombro de vivir.

El olor de las cosas atesoradas
guarda las voces, las risas y los cantos
de la juventud y los íntimos susurros
de las garúas –sus húmedas caricias
en los amaneceres–; las pensativas
fragancias de los muebles,
el gris aroma de las fotografías
–sus emanaciones de retamas oyendo
el sabor antiguo de las tardes–,
las esencias durmiendo en los colores
de los libros y los desvaídos
papeles; el perfume de los madrigales
del anochecer cantando
las sabidurías de los fantasmas;
ese estarse de las cosas
en el cristal de su silencio,
y los silencios que te donaban

las transparentes sombras
con los pasos reticentes
de la Noche —cuando el hielo
vidente del azufre y su oír
en el abismo de tu mirada
trasmutadora, tocaba lo oculto
en la insomne quietud iluminada
por las oraciones que la vida
y la muerte te enseñaban— ;
el reconocer a los mensajeros
que se sentaban a conversar contigo
acerca del mortal conocimiento
del beber o dejar de beber, sintiendo
—como si nada hicieran—
cómo caían en el morir
sin que se les moviera un pelo;

y acerca del respeto a la Patria
y a los ataúdes; y del miedo
de caminar por las avenidas
en pleno sol para huir de los males
de ojo, y de la veneración
a los relojes —cuando los veías
junto a la muñeca que te sonreía
desde muy lejos y corregía
tus balbuceos indicándote
el exacto uso de una nominación;

todo, en aquella hora, callaba
para escuchar
en qué forma escudriñabas
las simas de la vida...

II

En el lodo y la herrumbre
de marfil recuperas el rostro
escondido en los grises de la foto
con el sabor de un otoño
que en sus manos de aire
te traía su velo de cobre desdorado.

¿Es ella con sus ojos
que sólo a ti te vieron,
la que nada escuchaba
sino tus júbilos y obsesiones
hasta que se hizo ella misma
el adiós que nunca
retornó a tu llanto?

Estela caída que se dispersa
en cenizas: tu mirada en el agua
espesa espera todavía
—a través de la nieve derretida
en musgo y espuma fría—
la ilusión que invocaste en una línea
o una mirada del rostro que querías
recrear dejando lo tuyo para existir
en la figura habitada por ella.

Iluminabas desconocidos lugares
alrededor de las cosas
para esconder los sueños
que debías recordar en la música:
en el milagro de no ser
en el tiempo del mundo
y ser en la calma del pasar
y el estarse inmóvil oyendo
a la vida marcando el compás
de las dichas y las aficciones,

para que las descubrieran
quienes guardaban lo que tú traías,
de regreso al mundo –como se vuelve
de un precipicio con el éxtasis
del orgullo–; para estarse
en el rescoldo de tus amigos
muertos y en compañía de los vivos
caminando entre zarzas ardientes
y graves callejones en las noches
cuando era necesaria la vida,
y en los amaneceres con el fuego
del alcohol y el azufre:
con la videncia de los oídos
y manos derramando ensalmos;
y para regresar hacia aquella
que entibiaba tus dolores,

y para alabar sus días y ese saber
que vivía en su estar a tu lado:
silenciosa cegatona de tanto asombro,
pequeña y con pausados decires
ocultando su agobio, y cuidándote
del desamor,

de la vejez,
del no maravillarse,
de la sordera,
del quedarse pasmado
en el bullicio de la obscuridad;

en los otoños e inviernos
consolándote de las nieblas
y los recuerdos; en las primaveras
y veranos salvándote de echar de menos
a los aparecidos y los respirares
del Demonio; cerrando las ventanas
para curar tus resfríos
y escuchar tu voz luchando
para no decir nada –al tiempo
que la gente discurría besándose
con víperinas lenguas
encantados de vivir mordiéndose...

Así ella, tía y madre, hermana
y acuñadora de tu alma
secaba tus lágrimas, apaciguaba
tus manías; te hacía soñar
con la recobrada infancia
–encontraba la canción
que de niño guiaba tus pasos
al deslumbramiento de los espejos–;

y te hablaba en los atardeceres
de la necesaria presencia de Dios
entre el nacer de la Palabra
y el enmudecer de toda música;
y te informaba con tiernos sollozos
de los tranvías retirados,

de la desolación de los parques
y de la mudez de los pianos
en cerrados balcones;

y de esto y de aquello
y de las minucias y alegrías:
de todo eso que sostiene y rebasa
el vivir tan sólo en el día...

III

Ya no sentir y haber vivido
en el fulgor del cuerpo
—en la larga vigilia
que ahora acaba—;

ser sólo yacente efigie
que se esfuma en una noche
que ya no es noche, sino inhabitado
humo del silencio;

y no esperar más la oración del gozo
que descubre, el placer que nombra
y el ver con los ojos de la vida;
¿fue así que la invisible mirada
de tu no-estar te condujo
—con un espasmo del tiempo
del cuerpo— al abrigo
de los leños enfriándose?

Desgajada memoria hundiéndose
en limos de inevitables ciénagas,
tu cuerpo a tientas interroga
detrás de la Noche al transitar
del tiempo que se va en un vacío
que no ves ni escuchas.

Antes que el silencio apague
los nombres de las cosas
del alucinado empeño
que se hace y deshace
que hila y deshila la trama
de lo visible, y une y separa
las grietas del mundo,
¿escuchaste – en el llanto
que no oías – las palabras
no ordenadas del manantial
de las imágenes? : lo oscuro
que no es tiniebla ni penumbra,
la claridad que la mirada
de las manos te dio a conocer
y nadie te obligó a perseguir
sino es la vida y su canto
que acompañaba tu tacto
cuando aprendías a ver
el llamado de las cosas
que te esperaban, y el mirar
de tus oídos y de tu lengua;

y el no tener miedo sabiendo
que el odio, la desesperación
y el estruendo viven en la vida
para no poder vivirla;

y una sonrisa no prevista
por lo demás: la compañía
de la muerte en el incendio
del existir.

¿Fue entonces insoportable resistir
–con sólo lo vivido–

esa necesidad de tocar
el eterno presente en el desconocido
no-ser del tiempo, ya no pudiste
confiar en las palabras
ni en el fatigado palpar
de tu cuerpo; fue llegando el tiempo
de enfrentarse con el viento
del más allá de la Nada?

Un hálito de tus labios abiertos
expande unos sonos como laberintos
donde se confunden las notas
de un cántico, se entremezclan
los ritmos y fluyen en un desenfreno
que nadie detiene en el círculo
de resonancias buscándote en la huesa
para que tú te lleves
—en ese asedio de formas—
los nombres donde hallabas
la soledad de la luz nominadora
que te reveló el estar
en una mirada y en un corazón;

y con tu voz de niebla sientes
la ansiada certidumbre:
el espejo donde la muerte
observa el nacer
en el otro lado de la Noche;

y dejas en el extasiado silencio
de tus montañas los cumplidos
augurios de la tierra —mientras
en sus norias se quedan los sordos
pedagogos, los redentores condecorados
y los arquitectos de “la realidad”.

El desamparo de las palabras
extraña el calor del vértigo
que las nombra y el orden
que las convierte en ofrenda.
Esas palabras descubiertas
por tu desvelo: en tu verte
a ti mismo en los otros,
para que todo sea
y no se hunda en el pozo mudo
“donde mora el olvido”;

las palabras del medido acorde,
la exacta cadencia y la melodía
de la hoguera que a todos
alumbra: esos cristalinos
sonidos de la vida, y las notas
concertadas por el Mago Oculto
atendiendo al Ángel de su diestra
y al demonio de su siniestra
—tal si oyera una canción de cuna,
un luminoso aire meridional,
el trino de pájaros de la montaña
o el llamado vespéral del mar—;

y el hablar que purifica las palabras
desdoradas por espurios usos
en el enjambre de los signos mascados,
cuando el Frío posó en tus espaldas
los días de los retornos
en esa hora solitaria sin tener a nadie
a quien confesar el brillo profundo
de cierto timbre del corno
o de aquella frase misteriosa
que creía develar en la congoja

de la muñeca, en el instante
en que sin dolor ni resignación
olvidaste los ingenios de alta relojería
y los trasladaste a un cuarto
preso en el silencio que guardaba
un olor de descoloridos jazmines
y ligustros secos entre el rumor
del estupor senil de los muertos
—cansados de acechar el embrujo
que les abriría la última puerta
de ese lado de la vida—.

En el espacio donde está
sumergido aquel áspero y tibio
sonido del chelo suspirando
con el prodigio de una voz
destinada al resplandor que no ven
los que se quedan sólo escuchando,
ves la luz donde vive el ensueño
que siempre estuvo en una frase
del piano despidiéndose
en el olvido de tu cuerpo...

¿Escucho tu voz
o creo oír mi propio adiós
en las melodías peregrinas
otra vez abriendo los senderos
donde adivinábamos las orillas
obscuras lejos de los designios
de estar en el remanso de las cosas?

Aquí se queda conmigo tu sombra
alerta y la paciente duda
donde veré el final asombro,

y aquello que en la Noche
encontraste y me dejás
para nombrarlo en la canción
que cantábamos con el llanto
del júbilo – porque en ella vivía
una profecía del tiempo
que se aleja, o como si esperáramos
una visión que nos entregara el secreto
de cómo decir adiós a la vida.

¡Todo se consume, pero el Tiempo
no pasa: vive y se desvive
en el presente que nos abandona
y en ese relámpago que envolviéndote
te mostró – más allá de la Palabra –
una música aniquiladora:
la Luz que sólo crea el Fuego
donde creemos todo renace!

Erquis, Tarija: enero – marzo de 1988

PROHIBIDO BARRER LOS PARQUES
EN OTOÑO

(1998)

*En memoria de Silvia Mercedes Ávila
y Antonio Ávila Jiménez*

Quieta la luz del mediodía
pausado rumor
de escondidas aves

en la inmóvil arboleda
detrás del cristal empañado
¿quién me dice las palabras
que tú buscabas en los parques?

¿Quién en la vigilia de los ángeles
descifra el secreto olvidado?

¿Quién me dona el tacto
que palpa la piel de los poemas
que tu padre recuperaba
de la honda noche de Morella?
¡Dulce carne del amor perdido!

El viento de la tarde
me nombra y me hundo
en tu lecho de miel
y de polvo entre las raíces
que tú proteges en tu sueño

I

El silencio de la casa deshabitada
se detiene y contigo escucho
la frase que tu padre toca
en un violín de Amberes

¿Miras en los carcomidos azogues
la imagen que él suplicaba?
¿Estará todavía en la pieza vacía
la caricia inválida que enmudecía
en el balcón donde esperabas el otoño?

Olvidas conmigo los rostros presos
en oros grises y densos pardos
pero no su desolación
viva en la romanza
de lentas cadencias
y en los versos que nos decían
“el secreto sin palabras”

El cielo en los jardines
es claridad apacible
ya no lóbrego sino
de “la pesada sombra”
canción que regresa con tu voz
de lluvia invisible

¡Descúbreme tu mirada
de tímido ligustro
en el vaho umbroso señálame
el vuelo de los álamos!

Habían tranvías como bajeles
de antiguos cuentos murmurados
en desiertos umbrales
cantares de los duendes
la risa húmeda de tu madre

ella entonces te adormecía
y las ondinas y elfos en sus ojos
sonreían por siempre jamás

magos endriagos y hadas
con cuerpos de aire se estaban
caminaban y desaparecían
como los enigmas de las penumbras

¿Qué embrujos qué delirios
de hechiceras y nigromantes auguraban
el resquebrajamiento de las nubes
sin agua el sol desmoronado
la ceniza lunar cayendo
en tu morada indefensa?

La mujer con rostro de carbón apagado
con su susurro de geranio sediento
te acunaba en su regazo de tierra

¿Descubriste en esa noche
a los ángeles con su ofrenda
de “nominar los sueños”?

II

La luz del día
la cruda luz ninguna
extraña luminiscencia
nada cubierto que se da
como se dio verte en un espejo
tal un ángel vuelto a nacer
aquí en tu jardín o acaso
en la umbría casa
de las enfermas presencias

Miras las cosas como a una palabra
que inventas y al rocío
de una mañana encantada

Las gentes pasan y no entiendes
sus pesados caminares

En esta fría brasa sientes
la inmovilidad que te abraza
el agua encadenada que te ciñe
el pavor y la dicha un manantial
que se derrama en tu carne

¿Quién abrió esa puerta
que te condena a la soledad
posada en tus manos al júbilo
del primer día de tu cuerpo
donde no vive el tiempo
sino su movimiento su ir y venir
el ovillo que no se desenvuelve
y se enreda en la caricia
que te traspasa
en la vigilia que te muerde
besa la gruta
de la muerte en la vida
con su silente hoguera
y su negro ojo triangular?

Te arrebatan canciones que recoges
en los atardeceres
como si las recordaras
en un gesto de las sombras

Corres hacia los niños
que ríen y miran un cuento
sin princesas ni ogros

Te pierdes en el gozo del baile
de todo tu ser y adivinas
una música más antigua
que el lamento de los gnomos

Ves a los ángeles y oyes:
“Prohibido barrer los parques en otoño”

El cielo que sabes existe
en su ardor de ausencia convocada

delicia que oprime palabra
sin sonido en tu sollozo
leño esclavo de un fuego
que no puedes ver
altar sordo a tus ensalmos

Tú menesterosa suplicante de vértigos
donadora ya de ti misma
te sabes caracola rumorosa
de tu sangre vertida
arena tremola en el lecho
sin orillas de tu espera

¡Tanto miedo abolido
por la flecha esperada!

Existir en la mirada anunciada
en la voz que se apropia de la noche

Recobras el arcano de los ángeles
para oír ver al que llega
para vivir en tu asombro insomne

Habla de aquel cuyo nombre
fue grabado en el agua
de Santa María degli Angelli
la desierta Vía Apia Angitua
y la soledad de Muzot Duino y Ronda

Y así el peregrino conmovido
con la congoja de Malte te dice:
“abril es el mes más cruel”

Tu padre extiende sus manos
obedece lo sabes
a la música del alcohol:
“¿Quién si yo gritara en el coro
de los Ángeles me oiría?”
“A la tranquila tierra dile: fluyo
Al agua presurosa dile: soy”

La noche afuera en el frío
que la ahueca
¿se llevará la nostalgia
de la flecha furtiva?

III

En la cárcel de vidrio herida
con el dardo jamás recuperado
por el inocente dueño
el imaginado amor
la inventada belleza
en tus oídos en tu boca
fueron siempre primaveras grises

Las doradas palabras
del anochecer su palpar
en tu ser su soplo de nieve
su caminar en las hojas
muertas de los parques
con las solitarias
efigies de los ángeles
¡Dulces profecías en las enfebrecidas
zarzas de los días sin adioses!
¿Era la muerte un eco
que seguía tus pasos? ¿Estaba
en los preludios de la mañana
en las casas sin la risa de los niños
vivía en las espinas
de fingidos cantos en tu soñar
en la argamasa del muro de los olvidos
o en el agrio licor de los silencios?

Ni una brisa en las calles
sin presencia alguna Nada
sino el sonido que no existe
y que en vano esperas trice
tanta muda esperanza
ante el Ojo que no mira

Llamas al rostro de humo
que aún escucha:
“niño en alba y en sueños”

Y ya no es la muerte sin oídos
quien te dicta el poema sumergido
en el agua de los ahogados

Es él con sus “ojos sin sueño”
con su “dulzura de musgo”
“donde se aquieta el llanto”

IV

Tu padre escribe sin escuchar el viento
que calcina las orillas de su memoria
Con una mano miope rasga el velo
que esconde el delirio del recuerdo
Con la fragancia de su letra antigua
pide humilde perdón por haber vivido

Debajo de la escalera
en su mínimo lecho un destello
desciende de los andamios
con olor de pino atardecido
y el murmullo del “harpa de los misterios”

Presientes que siente el olor de sándalo
el aroma de almendras de tu hermano
la imagen que lo visita

en “la redoma del vacío”
con el vaho de los nardos
y los pasos presurosos
de la “muerte ansiosa”

Aprisiona en la garúa memoriosa
la presencia de greda y cieno
de la “tiniebla que piensa”

¡Sus sueños en el incendio
de sus huesos se esparcen en mi almohada!

Tu madre mendiga mensaje del mundo
verano en el otoño rescoldo de llama
“labriega de la sombra y de la pena”
se estremece con el roce de la noche
en la estela de la ciega mirada

Un sol mustio con sus pétalos caídos
se reclina en el amparo del agua inerte
como lágrima “en las manos sin alba”
y las heridas lejanías
callan sus conjuros

V

En estas aguas no se reflejan
nubes ni lunas
Sólo ves y deseas bañarte
en “el poema del mar”
lavarte el espanto de las olas
marchitas en tus montañas

esta vehemencia de los voces
este lujo invasor del verde
en el fuego del placer el horizonte
sin respuestas la lujuria
de los colores que ensordecen
el grito de los claros mensajes
del cielo y su resplandor sobre la ciudad
que ríe y baila: ¡tanta voluptuosidad
te colma hasta el llanto!

¿Quién sino tú cuidaría
los parques extenuados
despojados de su sosiego
sin el leve andar de los ángeles

con el fulgor enfermo de la luna
en la tierra dormida sin tus lágrimas
sin la nostalgia de tus ojos?

La arcilla de los designios
en tu boca nombra el camino
sin adioses ni lamentos
modula una melodía
con un sabor sin tiempo
como un oboe enterrado en el agua

todo aquello “dolido de ser muerte”
el pesar muerto de las hojas
la “mariposa oscura” en la lluvia
la congoja muda en el reposo
de la mansedumbre esperada
en la sonrisa del vino
en las canciones que te cubren
con el sueño despierto de la memoria
el fatigado recordar
la herida de tus poemas
regresan en este desvelado invierno
en el espejo de la palabra

miras y recién saben tus ojos
comprenden tus oídos
descubren tus manos
que no hay aquí misterio alguno
ni siquiera en la opalina tristeza
del cielo ni menos en la piedra
de tu puerta que alguien dejó
como un protector silencio

el único dichoso misterio
es la vida de las cosas
y tú misma escuchando
la frase de la romanza
que vuelve a tocar a tu padre

invocando sólo a un ángel del parque
el que te sonrío detrás del secreto
de los cada vez más pequeños tranvías

Nada muere Todo se desvanece
en esta Sombra que te buscó
para sembrarte como semilla
de un río sin tiempo.

Viva raíz que renace
la sonrisa de tu nombre
y tú misma en esta noche
con el Ángel que te enseñó a decirnos
“Prohibido barrer los parques en otoño”

San Luis, 22-IV-15, V-1997
Erquis, 16-XII-1997

LA NAO
(1998)

Para salvarse de la memoria
sin retorno está allí protegida
en la bruma imaginada

Inmóvil y sutil su sombra
se posa en la sosegada corriente

Silenciosa en el silencio
arriado su velamen
inerte su arboladura
aflojado su cordaje
mudas sus escalas de viento

Sólo escucha el rumor escondido
en sus aparejos el rememorado grito
de la vacía atalaya el eco anciano
de la espuma que besa su proa
el invisible canto de sal
de la Náyade del bauprés
el tierno susurro de la cuaderna
el arcano de la velada sentina

Mientras se conduce del llanto
de sus galeotes que esperan
imposibles extravíos
al garette o quiméricos abordajes
de benignos corsarios

La Nao se mece en su levitar
nocturno palpita en las voces
de los tripulantes olvida la modorra
prudente del mediodía y llama
al recuperado delirio del agua
incita a la danza de sus ángeles
fiel al vuelo de la noche
y al grave olor antiguo
de la pasiva espuma

El tiempo de la marea
que no huye ni aprisiona
su casco e ilumina
los abisales derroteros
imantados en la Rosa Náutica

Así navega en la luz inextinguible
de la travesía de nuestros sueños

I

Tañe una campana en la bruma
atraviesa el humo de las tibias aguas
y del navío umbroso
reposando en el fatigado
aliento de las olas
se oye la vieja balada
que conjura los embrujos
de ocultas sirenas
los secretos de madrêporas
e hipocampos presos en el espanto
de los líquenes con la angustia
de estremecidos albatroces

Un lúgubre graznido corta
el canto del vigía
“¡Tierra a babor! ¡Monstruos
dejad por mil diablos
el azufre y la bebida
de todos los demonios!”

¡Calla avechucho deshalado
cierra el pico alcahuete!
le contesta la ardida voz
de aquel que en la penumbra

ruega a los de la chimirría
acompañen su recuerdo
que deshila imágenes sonámbulas
y madrigales del río encantado

¿Hacia qué singladuras
tu velamen en albas soñadas
navegará hendiendo alboradas
y vientos de los astrolabios?

¿En qué turbias dársenas
tu grácil maderamen recalará
como si huyera
de fieras galernas
y espumas fragorosas?

¿El vino agridulce el hidromiel
el turbado deleite de la coca
dictarán las canciones
de alabanza a la noche
propicia a las cifras
del diálogo del Cronista
y el Piloto Mayor enredados
en el alborozo de los coros
con el deliquio de la nieve
y las antífonas de los navegantes?

II

Dulce río fluye
desnudo de arrebatos

“Limpiaré mis ojos quemados
y mis labios buscarán
el reposo de las aguas”

“¡Tormenta a babor
Tierra a estribor!
¡Aparejad la gavia
Silencio a la chimirría!”

¡Calla ave maligna
Basilisco de agua muerta!

Jamás navío alguno navegó
con una brújula inmóvil y perdida
su bitácora en furiosas marismas
con sus velas angélicas al paio
en pasmados mares y arrecifes
con ahogados visionarios

Sus letanías guiaron
su sirgar alucinado

descubriendo el rumbo
sin el favor del sextante
o del catalejo abandonados
en un dormido astillero

Sus jarcias cantoras
la salvaron de abismos
con maleficios de ondinas
muertas en los éxtasis
de amores peregrinos

Los aires de sus cantos
mellaron nubarrones
y tormentas el terror
de los pantanos
y los indómitos torrentes
donde los horizontes desaparecen

Su cuerpo de blanco quebracho
su firme quilla de gaviota
su proa como la luz
combatiendo tinieblas
su bauprés con el mascarón
catedralicio su popa ensoñativa
con el sereno timón
se mecían en los reflujos
de las olas y en las bruñidas
refulgencias de la melopea
de las ruborosas algas
en sus obenques y escalas
en sus mástiles y velas
en las cofas y foques
en la torre del vigía
los vientos alisios

los cierzos de nieve
o los fuegos de las borrascas
la ira demente
de los tifones y huracanes
el aleve embate de las tempestades

En vano la furia demoniaca
de los sordos dioses
ni la vencida magia senil
de las diosas tristes
con sus perdidos hechizos
de las calmas chichas
y sus letárgicos desvaríos
ni siquiera las visiones
de nubes cautivas
ni aún los espejismos
o el sollozo del sol
en las islas de brumas ardientes
ni el mar de los sargazos
ni los tímpanos de los polos
ni las luces de plomo
de los trópicos o la desolación
de las tinieblas de equívocos
equinoccios y solsticios

¡Ni los misterios de barro
y agua ni el cielo y la tierra
ni el enigma del Tiempo
en el efímero tiempo
del sueño del hombre
pudieron detener la alba nave!

III

¿Qué barco es éste
en el que sólo se navega
ciertas elegidas noches
dizque que con la fantasía
de sus lúcidos tripulantes?

¿Y qué fingida empresa
¡Voto al Diablo! es ésta
que esconde sus cartas
de mareas su bitácora
y sus brújulas?

“¡Viento a babor
Aparejad el cordaje!”

¡Silencio mentecato
de mal agüero!

¿Quién es el que nada ve
quién el que no oye
los sospechosos coloquios
las risas ebrias el resplandor
de las frases oscuras?

¿Acaso tú gahnápiro ves
sientes gozas y sufres
el estar de la noche marina
que crea a la ingrávida Nao
y le fija su rumbo leve
con su sirga de puro olvido
en las constelaciones descubiertas
como inventadas guías?

¿Y quién sino yo
El Cegado por lo Oscuro
y la realidad que dibuja
y predibuja el ignoto mapa
de esta sin par travesía
puede revelar la ansiedad
de navegar en el oleaje enamorado?

¿Es que acaso no conozco
a los semidioses que habitan
en el Alcázar y el Castillo de proa
y transitan al son de romances
por los puentes sonámbulos
huyendo de sus sombras en el combés?

¡Por las barbas del Demonio
y los clavos de Cristo!
¿es que no sabes infeliz
pajarraco que fui yo
y no otro sólo yo
quien se hizo cargo del embarque
de la Abadesa de las Clarisas
Descalzas y no así
del Enviado de la Santa
Hermandad un espía de Dios
del Diablo o de la Poesía?

El Piloto Mayor y el Cronista
el Protonotario y el Copista
el Relator disfrazado de músico
el Pisador de Coca el evasivo
Capitán marinerero de tierra
y agua dulce los fijodalgos
de la marinería y los remeros
todos en lo turbio y en lo claro
se sabían maravillados seres

Ven ave lastimera
deja tu chillido loco
ven pobre pájaro huérfano

Yo te diré el secreto de la Nao
baja de tu cubil
acércate y escucha:

Nada es real aquí
y todo es verdadero
el río donde duerme la nave
la obscuridad en la que navega
el insondable mar que la inventa

Irreal es su imagen eterna
en la Mar deslumbrada
de la Hechicera Taumaturga
la que canta el canto
de la Muerte-Vida Nuestra Señora

Oye bien hijito
que el ciego eres tú
y no yo escucha:

“Vivir no es necesario
Navegar es necesario”

Y así queda todo
Amén... Sí... sólo Agua.

Erquis-San Luis, 3-XI-1997
San Luis, 21-23-IV-1998

CANCIONES PARA MARITZA
(2015)

1

¿De qué limpias
corrientes
vienes
como una hoja
cubierta con el rocío
de un amanecer
recién recordado?

2

El sonido de puros acordes
—como la luz en la penumbra
del sueño—
y esa voz que me llama
buscando mi rostro
en esta máscara
que el tiempo desfigura

¿son tuyos
o sólo imagino
un largo viaje
para encontrar una imagen
del pasado?

3

Este fuego
las tibias cenizas
de tu cuerpo:
tu imagen
que mi deseo inventa.

4

Yo buscaba tu rostro
en el sueño
que tú soñabas
–espejo de una noche sin sombras–
como se oye el nombre
de la vida
en el agua.

5

Hay sendas a las que vuelvo
en la tarde con olor a núbiles nubes
y pájaros sedentarios

tu mirada
abría magnolias
veía castos bajeles
que sólo viajaron
en nuestro recuerdo

¡despliega sus velámenes
en esta noche en mi piel

en las músicas
de claras geometrías
y eternos manantiales!

6

Disipa ahora las ausencias
¡ayúdame a escuchar otro canto!

en los días de ocultas hiedras
de inmutables teoremas
y vientos siempre jóvenes.

Quienes crean las auroras
nos donarán sus luces
porque no reclamaremos
sino el agua del tiempo.

7

Yo buscaba secretas
letras de extraños moldes
¿quiénes escribían
enviando mensajes
en el agua?

¡Quise descubrir
con débil tacto
la tiniebla transparente!

8

Tejí en el viento
obscuro de la noche
tejí mi nombre en la lluvia.

Tejí en el ovillo del agua
la imagen de la muerte.

9

Aquí te espero mi Señora
febril y anhelante...

Pero tú no vienes
sino en el pálido brillo
final de los ojos
de un animalito herido
en el silencio sin sombra.

¿Me salvará el río
de la memoria?

10

En la ausencia inmóvil
del Tiempo

no me dejes sordo
en esta niebla
mudo y ciego
en la hoguera de la vida.

¿Ese es el secreto
del silencio?

11

¡Llévate lejos el tiempo
su ceniza
la nieve
toda sombra
no la luz!

12

¿Cuál es el secreto
del olvido?
¿el ruido del vivir
o el zumbido
de las abejas de la muerte?

¿O esa melodía
sola en la luz
libre dichosa
y desnuda
ante el Silencio?

(Cartuja de Erquis, 2008-2010)

LA NOCHE
(2015)

1

Ojos que no ven recuerdan
en la cavilosa niebla
las ausencias que te nombran.

¿Caminas o estás quieto?
Sólo sientes con dudosos oídos.

Allí no se va
siempre se regresa.

Busca
en la noche que te acoge.

El alcohol te dona su gracia
en las puertas al miedo cerradas.

¿Quiénes te contemplan
con ojos de lumbre?
¿Acaso los ángeles
que crees imaginar
o tal vez deseabas convocar
para salvarte de espantos furtivos?

No es el tiempo ni el lugar
ni menos la hora
para improbables compañías
que de verás te examinarían
con sólo su fulgor.

¿Y esperas insensato la guía
de angélicas presencias
en este claro camino que no ves?

¿Cómo podrías advertir
luz alguna si tropiezas
y te enredas en tu propia sombra
luego de ilusas levitaciones
como aves perdidas
en un sueño?

La música está ahora
en la ceniza
en las transparencias del fuego
en su danza de cristales

en el tejido del hielo
del suspendido mar.

Oyes el latido alucinado
la vigilia que despierta
con su aliento de penumbras
bajo la muda avaricia
de un sol anciano
allá al fondo de montañas
de cobre de mustio tiempo
de indecibles arcanos
con el humo de sus silencios.

No es de niebla ni de viento
miope el desvarío de las nubes
que caen se estremecen se aquietan
en un pálido fuego de una noche
sin párpados...

Peregrino en las sombras que te conducen
te sostienen te protegen
por sendas y calveros
y ventanas clausuradas
ya no encuentras los conjuros
del retorno.

Ensalmos que no exorcismos
los de aquellos habitantes
de cadalsos edificados con sus soledades
lastimados secretos rezos inútiles
de suplicantes en el espanto
de la cotidiana mudez de las cisternas
el orgullo de sal la Nada
de los glotones de vacío...
ellos como ángeles
mensajeros de bendiciones
y cóleras

portadores
de telas de araña
constructores de cerrojos
siervos ciegos de babeles y torres

sin escalas a cielos inexpugnables
y laberintos con indefensos minotauros
te señalan el olvido.

Si buscas la noche la abertura
al tesoro del silencio
mal podrían llevarte al umbral
del sueño insomne a la cima
de las palabras de mil cifras
donándote su agua limpia
espejo jamás obscurecido...

Busca pues con otros ojos
tu otra boca tu sed y el hambre
de desolado que te sabes.

Sigue a los que nada deben
ni reclaman a la vida
ni le temen a la muerte
¡Esos son mis ángeles de la Noche!

2

Y algo más:
buscador de nada
la noche de la ciudad no nace
ni se apodera de tu tiempo
con la invasión de rumorosas nubes
ni de aquellas de arriba o de abajo
¡la Noche te dice mi nombre!

No existe un solo camino
lo sabes y la llave
es tu propia búsqueda.

La llama viva de la noche
la luz de la alborada
se abrazan se consumen
en el don que refleja
el cercano éxtasis del cielo
—sombra y luz de la escalera
del tiempo que te vive—.

Creas a la Noche
porque la piensas
en tu ir y venir
al imposible centro

al agujero negro
de los sueños...

3

Entonces
¿detrás de ese frágil muro
de la niebla
de las tardes sin oídos
del mar de las noches
con sus alboradas de fuego
existen escucharemos
otras palabras cristalinas
hay otros espejos
sin sombras?

4

Ya no busco
la luz de agua
quieta muda
a mi voz.

Ya no me encuentro
en ningún sendero
ni en el camino
donde se detuvo
mi niñez mi rostro
sin lágrimas ni preguntas.

5

Un sol de oscuros presagios
me ensordece con su abrazo
y no puedo recobrar
 mis palabras
 ni las penumbras
 de sus preguntas.

6

Ciegos oídos
de la Noche
fieles pozos negros
que no oyen
las preguntas
de nuestras tristes sombras.

¿Qué escuchan entonces
en sus mudas soledades?

¿El humo que esconderá la vida acaso?

7

Un día estaré perdido
no como se pierden
desaparecen las cosas
sino como en la música
o en la memoria
se oculta una melodía.

Aquello que nos observa
tal una muda presencia.

8

No seas Memoria
mi torre de Babel
con sus imposibles lenguas
que no comprendo
aunque recupere sus imágenes.

Vuelve a ser Memoria
el canto de una acequia.

9

¿Y nada te trae la lluvia?

¿Se lleva el obscuro día
como ella viviendo detrás
del imaginario tiempo?

¿Pero quién puede alejarse
de su herida fiebre?

¿O ignoras su alabanza
en el verano sordo
lejos de todo crepúsculo?

¿Este viento
con su luz de gris desdorado
trae consigo
la Noche sin sus canciones?

Sí te llevas el sonido de la muerte
y me dejas la mirada
el olor de las despedidas
con sólo nuestro ser
¡no podemos verte lluvia!
Pero gracias te sean dadas
por tu único canto.

CANCIÓNES DE DON QUIJOTE A
DULCÍNEA

(2016)

I

¿Inventé o imaginé este sueño
de ojos abiertos Dulcinea
o ese imaginar a mí me inventó?

Yo no te inventé Dulcinea
ya estabas viva presente
cuando me vi nacer tu caballero.

Tus palabras mi Señora Dulcinea
serán pócima bendita
para mi dulcísimo amor cuitado.

II

¿Qué triste condición
jubilosa es ésta
que a ti Señora me aprisiona
con ausentes cadenas
urdiendo la trama del olvido?

En ásperos senderos
en vías engañosas
con la luz que en mi sueño
te hizo Dulcinea
mi alma dichosa sin cuerpo
con tu recuerdo se consume.

Coloquio

Me dices Sancho amigo
que vivir no puede Dulcinea
sin la luz del día
que la palpe y me la muestre

me reprochas Sancho necio
mi vano buscar en el vacío
de mi ardido ensueño

pero ocultas mentecato
que viste a mi Señora
bajo la anhelada hoguera
del sol que enceguedo me tiene.

III

¡Oh! luminosa sombra
la que tu vences Dulcinea
para que el mundo envidie
mi ventura y sujeción
en la rumorosa prisión.

En el buscado tormento
de mi tardo pensamiento
una sola imagen no de muerte
sino de vida me conduce
al umbral del viento
donde estás tú lejana.

IV

Tibias fuentes quietos ríos
que sólo a ti miraron
arboledas que guardan el rumor
de tu leve paso
prados de pura luz
montes encendidos
con tu voz
¡que la noche oscura
no los esconda Dulcinea!

Coloquio

Que no la viste dices
Sancho bueno
mírala pues en mi mirada
dolida en mi herida palabra
en mi turbado canto
que toda muerte apaga
cuando a Dulcinea nombra.

V

Ningún bebedizo de hechicera
aceda ninguna quimera
con sus bajos embustes
ni Urganda ni Oriana
y menos la pérfida Celestina
y aún menos los llovidos refranes
díceres engaños
de mi buen Sancho Panza

¡nada en este ni el otro mundo
mi Soberana y Alta Señora
pudo apartarme de tu hermosura!

Mucho y largo ha sido el caminar
mío y yo me sé bien que la razón
de mis sinrazones el deshacer
agravios y enderezar entuertos
en encontradas encrucijadas
jamás a invención debidas
no fueron sino apartar el humo
la helada tiniebla la dura puerta
que presa te tenían Dulcinea.

VI

Vencido ahora mi cuerpo
que no mi sed ni la fiebre
lúcida que de ti vienen
y viven en el día eterno
de mi visión
¡por fin llego Dulcinea
al sueño que a ti y a mí
sin sombra alguna nos soñaba!

Coloquio final

Sí discreto Sancho
la hora es llegada.
Demostremos entereza.

Después no des oídos
a lo que por final compromiso
dirán que dije ante la Negra Mudez.

Escucha Sancho noble
cómo más allá de toda ventana
nos llaman los necesitados
los que por siempre nos esperan
¿podrías tú Sancho hermano
dejar de oírlos y no verlos?

Y nunca jamás olvides
que la mujer más hermosa del mundo
es y seguirá siendo Dulcinea
la del Toboso
y ésta angélica Señora
que a mi lado está...

Lo que Aldonza Lorenzo se dijo

Qué extraño sueño
el que me dicen tuvo
el hijodalgo
Don Alonso Quijano
con esta pasmada rústica
convertida en ese soñar
en una Alta Señora y Dueña
del enamorado andante

que en ese oficio de locura
vino a parar adentrándose
en otra vida diversa
de aquesta la mía
sin encantadas doncellas
ni fingidos endriagos
y sí con soles malignos
el poco yantar y las zozobras
de los desengaños de las noches.

¿Cómo pudo imaginar
el de la tan triste figura
y exaltado mirar
a mi terreno ser transformado
en una virginal dulce Dama
de angelical perfumado rostro?

Me dice Sancho el sabio
que no fue de tanto leer
de claro en claro
o de turbio en turbio
o por las zafias artes
de Galalón o Culiandro
ni debido a los ensalmos
de Montesinos ni menos
por los embrujos de la venta
sino por haber su señor Don Quijote
“advertida la belleza
de tu alma Aldonza
la que lo llevó a dársela
a una imaginada Señora Dulcinea”.

Con todo ese enrevesado decir
de Sancho el bueno
yo me quedé sin sosiego
como nunca alelada
pero como suceden los milagros
supe que sin saberlo ni pedirlo
había vivido en la que dicen absoluta
realidad del sueño luminoso
de tan grande Caballero Andante.

Y también me fue dado entender
que ambas la Dulcinea que vivió
en mi ánima y en la de don Alonso
seguirán viviendo en eternos sueños
de otras doncellas y andantes caballeros

y asimismo en las palabras
de puras luces conservadas
en los infolios que no podré leer

y en los romances que cantarán
mis hijos de tal manera que
Aldonza-Dulcinea
esperará siempre al hermoso
Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

LO QUE DEJÓ DICHO SANCHO PANZA

Con la música
Sancho hermano
imaginar puedes
todo lo de este mundo
que no ver
asunto éste del lenguaje.

Y pobre de mí
yo apenas si veo
la realidad con mis consejas
y dichos que tanto irritaban
a mi Señor Don Quijote.

Pero inventar lo desconocido
al igual que él sí puedo
como demostrado quedó
con el encantamiento
que hice de la labradora
convertida en la Alta Señora
Doña Dulcinea
por obra y gracia de mi grande ingenio
sin músicas ni lecturas

y nada digamos de otros

engaños que ambos nos hicimos
para gloria nuestra y pasmo
y asombro de los lectores
de Cide Hamete.

Y así mi amo loco o cuerdo
y su escudero más loco por seguirlo
y creer lo que él me demostraba
en el sueño que soñamos
ambos trastrocamos
el frío y empañado cristal
de la vida con fervorosa
mirada en la magia
del eterno tiempo
de agua y canto
que el de la Triste Figura
me enseñó con el vivir del corazón.

Por todo eso Aldonza
tú en los caminos ventas
y castillos y asimesmo
en los bosques cuevas
y altozanos señalarás
los pasos nuestros a la memoria
de los que a la muerte
de Don Quijote y a la mía
no dan fe alguna...
¡Dulce Señora Dulcinea!

POEMAS NOCTURNOS

(2016)

CARMEN

“Sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía”
vi el Silencio.

No el peregrino silencio
de los ojos que buscan
y nada encuentran.

Allá donde todo espera
no hay ausencia.

Entré donde yo sabía
secretamente moraba
“la música callada”
que tan sólo oía
su “profunda soledad”
enamorada del “amor herido”
con su suave “regalada llaga”.

Dichoso en mí mismo viendo
todo tiempo sin Tiempo
el día sin sombras
la noche iluminada
la luz de sí misma nacida.

Cristal de la voz escondida
en el río donde muere
“muriendo porque no muere”
en la cárcel sin rejas
del suave cautiverio
con el gozo del vivo amor
y el secreto canto
muerte y vida cesaron.

En el umbral del Tiempo
vi la luz del agua despierta.

Sin la mirada ilusoria
muda toda pregunta
sin saber ya nada
en el regazo del aire quieto
oí el Carmen de regalado arcano.

Donde no había orilla alguna
escuché la cifra del no morir.

Al fin en otra voz vivo
sin morir porque no moría
sin “noche obscura”
sino amanecida.

En el río que discurre y regresa
en la nieve quemada de mi sangre
que ya no era mía
fui otro mirar abrazado
por el olvido de mí mismo
en el don del tránsito que nos vive.

Y nada más pueden las palabras

ver en esta noche sigilosa.

No queda sino queridísima hija
trotaconventos
cantar los maitines
en esta última dichosa medianoche.

(Fray San Juan de la Cruz a la Madre Teresa de Jesús
en la noche del 14 de siembre de 1591, en Ubeda.)

QUEVEDO

Este hombre de tierna
mirada miope
viaja con una luz
absorta y jubilosa
hacia el interior de sí mismo
entre las tinieblas
mientras cogitabundo
camina tropezando
siempre con reyes vanidosos
poetas y orgullosos nobles.

En las mañanas bebe
lejanos sabores y sonrío
con el canto del ajo del tomillo
y la albahaca viendo cómo
las mujeres agostan las flores
con sus sueños imposibles.

Hay un temblor en su nariz
de pájaro ávido
de aires nuevos
para contemplar el relámpago
obsesionado de las letras
que le impiden descansar

Entonces escucha
el grito y la oración
de ese enjambre sin principio ni fin.

Cuando el alba acaricia
la luz de sus lágrimas
blande su espada
contra los fantasmas que lo cercan
hace vibrar el látigo de su lengua
soez y con su risa
adormece a la fiebre de las frases
destinadas al polvo
donde lo espera el sueño.

Pero no hay descanso
en el vendaval de los símbolos
goteando sangre derramando sal
de una herida que nunca jamás
se cierra...

No habrá reposo
ni solaz en su propio olvido.

Detrás de una lápida
escucha aún el equívoco
sonido de las palabras
aquellas de los hombres
que dicen honrarlo
sin haber comprendido
su búsqueda en ellas
del final Silencio.

A LA POESÍA

¿Qué espero en estas nieblas
y agonías, en estas ruinas
de la Dea Misteriosa: la Esperanza?

¿Los relojes públicos de Tokio
tendrán la misma angustia
que los de Londres.
Moscú, Nueva York o de La Habana?

Muerto Li-Tai-Pó,
¿qué se puede esperar
sino los cuchillos de Mong-Kao-Yen y Wan-Wei
clavados en nuestro corazón?
¿Tendremos que vivir, como Mahler,
con los adioses, llorar con las despedidas
y resolanas
de un tiempo que no acaba de alejarse
—como era de esperar con suaves pasos
los ojos bajos y el silencio de nuestros relojes—

¡Pobre Gustav: Tan feo él, tal si hubiese vivido en el Kremlin!

¿Y quién, sino es un hideputa
felón,

podría encanallecerte,
y deplorar con hipócritas lágrimas,
menguadas y depresivas
su condición de derrotada sordera?
—¡Pobre Poesía!—
¿Acaso los páramos y montes
las nevadas montañas
y sus vientos y soledades, no te cercan, no te agobian?

Nadie puede decirte, desdichada Poesía,
precisamente a ti,
¿qué pretendes con tu silencio?

¿Y para qué hablarías tú
en estos tiempos de sordos
dioses afónicos,
tullidos y ciegos?

Pero no olvides
que todavía existen
otros ciegos deslumbrados
con auroras de rosados dedos
o con Barcos Ebrios navegando
en las Iluminaciones
tal vez imposibles para nosotros,
inútiles para caminar en las Noches del Alma
o en las tinieblas de los días abandonados
de todos los ángeles
porque ninguno es ahora terrible
ni descubre cielo alguno
habiéndonos dejado sólo tibios infiernos.

Así pues, Madre Poesía,
¿dónde están tus hijas

Polimnia y Talía –la del andar de libélula–;
desde allá, desde inmarcesibles montañas
con lluvias nacidas de sus nieves,
oímos
en nuestras desolaciones
desmemorias
y sueños de fugaces alas,
los cantos extraños
que nos traen desazones y desdichas
de Melpómene
o el sollozo de Erato
con fragancias helenas...

Cierra tus ojos, Poesía,
No veas los eriales de palabras muertas
destrozadas como árboles talados.
Deja que en nuestra sangre sobrevivan
palpitando, estremecidas,
las que nos dona la memoria
como un salmo de agua insomne.

En los rieles de Uyuni
ya no vienen ni van
las locomotoras
sin tiempo ni horas.

No escuchan, no entienden
el lenguaje del Odio.
Lejos están las risas, los llamados,
los felices reconocimientos
y abrazos de los que viajaban
como mensajeros portadores
de los alimentos terrestres.

¿Nos será permitido a nosotros
—sin ángeles ni dioses—
ser caminantes sin hundirnos
en el agravio de la mudez
para andar con pasos musicales
con el calor
de los soles de nuestra niñez?

¿Te encontraremos, Vieja Madre Poesía,
Con tu espejo gozoso
mostrándonos tus palabras?

¿Podremos escuchar las visiones de tus dones
Y entregarlas a los pájaros jóvenes?

¿Nos librarás, Musa,
de colesteroles infames
como heridas del Tiempo;
no escucharemos los insultos
de los triglicéridos
esos fantasmas vergonzantes?—.

¿Seremos, Poesía, navegantes
de hermosos, cercanos mares?

Antes que la memoria
enmudezca
en el lecho del río,
acaricia su mirada
enséñale las palabras:
y las imágenes de la vida.

13

¡No huyas, Musa!
No me dejes en este resplandor
 vacío
 en el ahogo
con su cuchillo de nieve
 en el mar de sombras
en el que desapareces...

En el invierno escucho
a mis amigos muertos
me dejo crecer la barba
y descubro extrañas melodías
 de Brahms y Mahler
—como las canciones de mi niñez—

No espero pues
regresar a las ciudades
ocultas en mis sueños.

Llévense
recuerdos
las sabias penumbras
del otoño y sus cantos.

Aparten de mí, Recuerdos,
las palabras como soles
las lluvias luminosas
de las noches...
devuélvanme, Recuerdos,
el correr de una acequia
invisible.

16

¿Cuál es el secreto
del Silencio:
el ruido del vivir
o el zumbido
de las abejas de la muerte?

POEMAS PARA MIS BISNIETOS

(2016)

PARA TIAGO

En tu voz
de niño luminoso
había una canción de mi infancia.
¿Cómo agradecer
ese don hermoso?,
si no es a tu imagen
en mis sueños.

PARA DIANA

Me miras
con tu mirada recién nacida
con tus ojos de puro asombro
descubriendo la vida.

Me miras
y traes mi niñez
antes del Silencio.

PARA ABRIL

En la luz callada
de tu sueño
guardas el dorado resplandor
de tu sonrisa
y apartas con ella
toda oscuridad.
¿Mi niña Abril
también será para mi
ese secreto
de la vida?

14-XI-2011

PARA TRINIDAD

¿Qué otra música
sino la tuya,
Trinidad;
qué otra luz
iluminaría
como tus miradas,
mi ausencia
niña hermosa?

6-III-2015

PARA LEONARDO II

El misterioso lenguaje
eterno
y tu sonrisa
–manantial del tiempo–,

me dicen
que no hay regalo
más hermoso
que ser niño.

21-VI-2017

EDGAR ÁVILA ECHAZÚ

CRONOLOGÍA BIO-BIBLIOGRÁFICA

Por Martín Zelaya Sánchez

- 1930 Edgar Ávila Echazú nació el 10 de mayo, hijo de Federico Ávila y Ávila y de Elsa Echazú.
- 1934-1935 Luego de permanecer sus primeros años en Tarija, tuvo un periodo breve —el primero de muchos— de residencia en el exterior; en esta ocasión en Buenos Aires, Argentina, donde su padre, ya para entonces reconocido ensayista y escritor, investigó y recopiló documentación destinada a probar que el territorio del Chaco —por entonces en disputa con Paraguay— perteneció siempre a Bolivia.
- 1935-1938 A su regreso al país, justamente cuando el conflicto bélico del Chaco llegó a su fin, su padre Federico decide radicarse en La Paz, y es de donde Edgar tiene los primeros recuerdos claros: vivieron en la casa del arqueólogo Arturo Posnansky en Miraflores, donde tuvieron como vecino a Germán Busch, meses antes de que asuma la presidencia de la república.

Aunque ocasionalmente la familia retornaba por periodos relativamente largos a Tarija, Edgar inició su formación escolar en el colegio San Calixto de La Paz.

- 1939 Ya con 9 años, empezó a acompañar a su padre en diversas actividades laborales, culturales y sociales. En una de esas ocasiones recuerda que conoció a Franz Tamayo, por aquellos años ya reconocido poeta y animador de la ajetreada escena política nacional. Ese año volvió a salir del país, pues acompañó por algunos meses a su progenitor a Asunción del Paraguay.
- 1940-1941 Primer viaje largo. Su padre fue designado primer secretario de la legación diplomática de Bolivia en México y con él se fue hasta el DF donde conoció a Leon Trotsky, quien ya vivía en la clandestinidad, pero que de todas formas recibió a Federico en una vivienda en las afueras de la capital.
- 1942-1943 Cursa los últimos cursos de primaria en los colegios Jesuita y Americano de Asunción, Paraguay, donde su padre fungía de cónsul y ministro consejero de la legación boliviana a cargo de Guillermo Francovich. Fue en ese periodo que Edgar desarrolló un apetito voraz por la lectura, luego de que su padre le dio a leer *Don Quijote de la Mancha*.
- 1944-1945 De regreso en el país, tras un breve periodo en Tarija donde cursó en el Colegio Nacional San Luis, volvió a La Paz a vivir con su madre y se inscribió en el colegio La Salle. De ese periodo

recuerda su descubrimiento de la música, afición que hasta el día de hoy cultiva con extremo placer. Bach y las más famosas óperas fueron su iniciación en este arte.

- 1946 Pasa una corta pero productiva y memorable temporada en su Tarija natal. A sus 16 años, recuerda haber tenido su primer amor, su primer acercamiento a la poesía, con el esbozo de algunos juveniles e inocentes versos; su descubrimiento de la plástica, pues empezó a dibujar y pintar; pero sobre todo, su incursión en la vida política y social pues fue parte de una serie de reuniones de la intelectualidad tarijeña que desembocaron en la fundación de la Universidad Juan Misael Saracho, un caro anhelo de su padre Federico, quien fungió como el primer rector interino.
- 1947-1948 Culmina sus estudios de secundaria en el colegio La Salle de La Paz y poco después retorna a Tarija donde a la par que amplía sus gustos musicales –escucha tangos y boleros–, descubre dos autores fundamentales: Shakespeare y Joyce, de quien devora asombrado su famosa novela *Ulises*, traducida no mucho antes por primera vez al español.
- 1949 A insistencia de su buen amigo, el político y diplomático Jaime Arellano viaja a Buenos Aires donde además de pasar algunos cursos de dibujo y artes plásticas, profundiza sus conocimientos culturales y políticos: conoce al reconocido pintor Quinquela Martín, se vuelve asiduo de los espectáculos de tango y asiste a los multitudinarios mítines de Juan Domingo y Evita Perón.

En octubre apresura su retorno a Tarija, debido a la crisis política y social del país que, a nivel familiar, provoca el despojo de su padre Federico de sus cargos de docente de la universidad pública por su supuesta afiliación al Movimiento Nacionalista Revolucionario, por entonces objeto de un férreo rechazo que poco después desembocó en la anulación de la elección de Víctor Paz Estenssoro como presidente, cargo que recaería en Mamerto Urriolagoitia.

Es en ese complejo contexto que Edgar empieza a trabajar en la docencia de literatura.

1950 Una vez más asentado en La Paz, es a sus 20 años que recién escribe los que a su juicio son sus primeros poemas válidos. Ese año conoció al pintor Oscar Pantoja, uno de sus más entrañables amigos, y a su hermano Miguel Alandía Pantoja, dos de los más destacados artistas plásticos bolivianos de mitad del siglo XX.

1951 Consigue trabajo como profesor de instrucción cívica, labor que le da tiempo para iniciarse en la vida bohemia paceña, sin que ello merme su pasión por la lectura. Fue ese el año en que empezó a leer muy fragmentariamente a Marx.

1952 Apenas tenía 21 años y formó parte de la resistencia popular durante la Revolución Nacional del 9 de abril, día en que resultó herido, junto a Oscar Pantoja, cuando los alcanzaron esquirlas de una granada. Durante su recuperación –luego de que fue auxiliado por la esposa de Augusto Céspedes, según recuerda– Víctor Paz Estenssoro, ya inves-

tido como Presidente, lo incluyó en una lista de heridos que iban a ser trasladados a Buenos Aires para recibir atención médica, pero Edgar rechaza la oferta y opta por regresar a Tarija, donde su amigo Oscar ya lo esperaba para que lo ayudase con el mural que pintó en la Biblioteca Municipal.

1953-1954 Viaja a Italia donde su padre ejercía el cargo de encargado de negocios de la Embajada de Bolivia. Visita a diario los principales museos de la ciudad, recorre Florencia, toda la Toscana y el norte del país y pasa unos pocos días en París, Francia. A su retorno al país, después de una corta estadía en Grecia, conoce en La Paz a Jaime Saenz, con quien cultivó una cercana amistad que se extendió por más de 30 años. Alentado por un elogioso comentario de Juan Quirós a su poema *Desde la herida*, se propone escribir un poemario que a la postre será *Memoria de la tierra*, mientras, ya en Tarija, retoma la docencia en secundaria.

1955 Oscar Pantoja vuelve a solicitar su apoyo para plasmar el mural de la pared exterior del Ministerio de Minas y Petróleo en La Paz. Paralelamente incursiona en la radiofonía como comentarista cultural en Radio Illimani y junto a Jaime Saenz y el escritor y actor Fernando Medina Ferrada, editan la revista cultural *Briújula*, donde publica un comentario sobre *El escarpelo*, de Saenz, un estudio sobre el realismo mágico y uno de sus poemas.

1956-1957 En Tarija empieza a trabajar en el magisterio, pero no deja de viajar frecuentemente a La Paz, atraído por la vida cultural y la bohemia. En 1957,

mientras residía en casa de su abuela, conoce a Maritza, su futura esposa, el gran amor de su vida. También en ese año empieza a frecuentar el teatro y acrecienta aún más su melomanía: descubre, encantado, a Brahms y Ravel. Según recuerda, fue por esos días que Saenz dejó la bebida —no sin antes hacerle conocer algunas de las famosas bodegas— y se embarcó en la redacción de *Felipe Delgado*.

1959 El 30 de mayo, poco después de su cumpleaños 29, se casa con María Teresa Navajas Mogro (Maritza). Continúa dedicado a escribir poesía y no afloja en las lecturas de todo tipo.

1960 Nace su hija Ilsen Ávila Navajas, y Edgar empieza a trabajar en el Servicio Nacional de Caminos, primero como secretario y luego como jefe de personal. Es en ese año que comienza a gestar un trabajo ambicioso de recopilación, crítica y antología de la literatura boliviana, que años más tarde se traducirá en un par de libros.

1963 Escribe y publica *Revolución y cultura en Bolivia*, un texto con evidentes influencias sarteanas, y en el que expresa su pesimismo y sus duros juicios sobre los escritores e intelectuales bolivianos de la época. Empieza a colaborar con regularidad en Presencia Literaria, dirigida por Quirós; no sólo con artículos sino también con varios poemas que luego se incluirían en diferentes libros. Recala una buena temporada de vacaciones en Erquis, un paradisíaco paraje tarijeño donde había pasado su luna de miel, y al que nunca deja de volver.

- 1964 En un año de compleja coyuntura política, ante el golpe de Estado de René Barrientos, publica *Resumen de la literatura boliviana*.
- 1965 Nace su hijo Miguel Ávila Navajas. Poco antes de dejar su trabajo en el Servicio de Caminos, para asumir la dirección de Radio Universidad, en un viaje a Potosí conoce al músico y compositor Alberto Villalpando y queda maravillado por sus composiciones. Publica en la imprenta universitaria de Tarija su primer poemario, *Habitante fugitivo*.
- 1967 En una breve estancia en La Paz, y gracias a que su amigo Jaime Saenz le regala unas resmas de papel, publica su poemario *Memoria de la tierra* (Burillo).
En Tarija, se incorpora a una tertulia habitual en el bar Gallina ciega, donde el gran tema de conversación —como en toda esfera social boliviana— era la guerrilla del Che.
- 1968 El trabajo en Radio Universidad empieza a dar frutos. El sesgo cultural implementado en la programación logra una buena acogida y se popularizan los programas de música clásica y, sobre todo, las producciones de radioteatro con la recreación de cuentos y obras clásicas de Edgar Allan Poe, entre otros.
A fines de mayo se embarca rumbo a China, donde debía hacer una visita para conocer la Revolución Cultural, pero a donde no pudo llegar, ya que sus contactos lo dejaron un par de semanas “parado” en Francia, justo pocos días después de la famosa manifestación Mayo del 68.

Publica su tercer poemario, *En cautivos sueños encarcelada*, inscrito en el subgénero de la poesía testimonial. Realiza luego un breve viaje a Oruro donde expone sus obras pictóricas, por entonces muy influenciadas por las corrientes y estilos de artistas europeos y estadounidenses.

1969 Nace su hija Guiomar Ávila Navajas. Fue un año particularmente intenso: a nivel mundial, por la llegada del hombre a la luna y a nivel nacional, por la muerte en un accidente aéreo del presidente René Barrientos, quien fue sucedido por Luis Adolfo Siles Salinas, derrocado a las pocas semanas por el general Alfredo Ovando Candia.

En medio del caos político y social, asume la dirección de la sección de publicaciones de la universidad pública tarijeña, donde contó con el asesoramiento del poeta Roberto Echazú.

1970-1972 Este es uno de los más oscuros periodos en la vida personal del poeta, acorde con los malos días de toda la sociedad boliviana. Mientras trabajaba en la universidad, Juan José Torres asumió la presidencia del país y uno de sus colaboradores cercanos, Oscar Zamora, nombró a Edgar alcalde de Tarija, cargo que ejerció entre mayo y agosto de 1971, cuando no solo tuvo que abandonar funciones, sino incluso declararse en la clandestinidad debido al violento golpe de estado de Hugo Banzer.

En diciembre, cuando creyó que la persecución había pasado, fue detenido en Erquis por las fuerzas de la represión que a las semanas lo llevaron a La Paz, donde estuvo en cautiverio hasta abril de 1972.

- 1973 A tiempo de que recupera su vida normal y retornara a la docencia universitaria, fallece su padre Federico Ávila, suceso que cala hondo en su estado de ánimo y lo lleva a escribir *Elegía*, libro dedicado a su progenitor que mantuvo inédito por algunos años.
Pasa una corta temporada en La Paz donde vuelve a frecuentar a Jaime Saenz y Alberto Villalpando, y tras un periplo por Buenos Aires, retorna a Tarija donde pinta un mural en “La Mandrágora”.
- 1974 Publica su ensayo *Literatura prehispánica y colonial en Bolivia*.
- 1975-1978 Por varios años, el escritor y artista plástico guarda un bajo perfil en cuanto a apariciones públicas en los ámbitos político-social, literario y artístico, pero lejos de quedarse inactivo, fue un periodo altamente productivo en las artes plásticas, pues desarrolló y perfeccionó sus aptitudes para el óleo. Una apreciable colección de cuadros pintados entonces se expuso años después en varias ciudades del país.
- 1978 Rompe su largo silencio editorial con la publicación de *Historia y antología de la literatura boliviana*.
- 1979 Sale a la luz su poemario, *Elegía (para mi padre)*.
- 1980 Fue elegido senador de la república por Tarija, primero como suplente, pero luego, al poco tiempo de asumir la titularidad, fue destinado como consejero cultural de la Embajada de Bolivia en España, cargo en el que tampoco pudo establecerse debido

al golpe de Estado de Luis García Meza, que lo obligó a mantenerse un periodo en el exilio.

A su retorno al país, atraviesa por otra etapa de silencio, aún más prolongada.

1989-1990 Después de muchos años en los que creó una buena cantidad de piezas de arte, en estos dos años tuvo dos importantes exposiciones en Santa Cruz y Cochabamba.

En 1990 publica el poemario *Elegía para Jaime Saenz*.

1992-1998 Luego de un extenso periodo de investigación, publica *Historia de Tarija* (primer tomo) (1992) y en los siguientes años lleva a imprenta obras de ficción en prosa que escribió y reescribió en diferentes periodos en los que se mantuvo al margen de la escena pública: *El códice de Tunupa* (1993) y *Una música nunca olvidada* (1994).

Ya trasladada su residencia a Cochabamba, continúa publicando: *Belinos* (1995), *Cantar en las tinieblas* (1996), *Quetzacoatl-Tunupa*, *Prohibido barrer los parques en otoño*, *La Nao* e *Historia de Tarija* (segundo tomo) (1998).

En 1997 ingresa como miembro de número a la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente a la Real Academia de España.

1999-2001 Un tercer periodo de silencio, en el que, no obstante y como ya antes pasó, no deja de crear. Reescribe en versión aumentada y corregida su *Historia de Tarija*; pinta muchos cuadros en las largas temporadas que pasa en Erquis, y viaja con frecuencia a Salta y Buenos Aires.

- 2002 Se enfrenta con uno de los momentos más duros de su vida, la muerte de su esposa Maritza.
- 2004 Publica la novela *Ceniza del viento*.
- 2006 Ya en el retiro, en el que nunca deja de lado los libros, la escritura de poemas, la revisión de su *Historia de Tarija* y la pintura, sufre un derrame cerebral del que se recupera completamente tras una larga convalecencia.
- 2015 Finalmente entrega a imprenta, con el auspicio de la Gobernación tarijeña, su monumental *Historia de Tarija*.
Su salud se deteriora, pero ni siquiera un coma diabético logra apartarlo de su apego por las letras y la plástica.
En Cochabamba, donde vuelve a fijar su residencia, publica *Canciones para Maritza – La noche*, un libro doble de poesía, que parte con un sentido tributo a su fallecida esposa; y un libro con tres poemarios: *Canciones de Don Quijote a Dulcinea – Poemas nocturnos – Poemas para mis bisnietos*.
- 2016 El Museo Nacional de Arte de La Paz rinde un homenaje a su trayectoria pictórica con la exposición *Retrospectiva*.
- 2017 La editorial 3600 de La Paz, en trabajo conjunto con la consultora editorial Letravista, edita su obra poética, bajo el título de *Poesía*.

Esta edición se terminó de imprimir en
agosto de 2017, en los talleres de
Grupo Impresor s. r. l.
Av. Abdón Saavedra No. 2120,
Sopocachi, La Paz, Bolivia